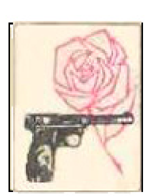




Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Si eres espía, estás muerto

Ayer fue su cumpleaños. Todos sus amigos estuvieron en la fiesta en su apartamento. Pero ayer ya ha pasado, y hoy Brigitte ha de estar en París y buscar a un agente de la CIA traidor. Quizá el cumpleaños de ayer sea el último, porque, ya se sabe: «si eres espía, estás muerto».



Lou Carrigan

Si eres espía, estás muerto

Brigitte en acción - 207

Archivo Secreto - 219

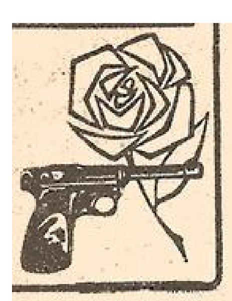
ePub r1.0

Titivillus 31.07.2017

Lou Carrigan, 1975
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

No parecía que aquel día fuese a ser precisamente el mejor en la vida de Brigitte Montfort, la sensacional periodista y magistral espía cuyo nombre clave era conocido por todos los servicios de espionaje, mundiales: «Baby» de la CIA.

Pero esto era todo lo que los espionajes internacionales conocían de la fabulosa espía: su nombre clave. No sabían que, en realidad, se llamaba Brigitte Bierrenbach Montfort, que vivía en el Crystal Building de la Quinta Avenida de Nueva York, que trabajaba en el periódico Morning News de esta ciudad, cuando no estaba dedicada a sus implacables misiones de espionaje; ni sabían que era bellísima, que tenía los ojos azules, grandiosos, rebosantes de dulzura… cuando no tenía que matar a alguien. No sabían que su cuerpo era perfecto, fino y fuerte como el acero; que su piel estaba siempre dorada por el sol, que sus cabellos eran negros, largos, suavemente ondulados, magníficos…

Y tampoco podían saber que, precisamente aquel día, era el cumpleaños de la señorita Montfort, alias «Baby», de la CIA. No, señor, las agencias de espionaje de todo el mundo no podían saber esto, naturalmente: el día dos de julio, la agente Baby cumplía años.

¿Cuántos?

—Me estoy haciendo vieja —reflexionaba Brigitte, al volante de su coche, camino de regreso a su apartamento—. Y lo malo es que, a veces, pienso que tengo quinientos años.

Este pensamiento era consecuencia de su intensa vida de espía. Pero, en la realidad, Brigitte no tenía motivos para quejarse de su aspecto. ¿Cuántos años…? Cualquier hombre habría entornado los ojos, y habría dicho que a él le importaba un pimiento los años que tuviese aquella preciosidad. Y en el supuesto de que le hubiesen obligado a dar una cifra, no habría vacilado: entre veintidós y veinticinco. Ni un solo día más. Ni uno solo.

Por lo tanto, había que llegar a la conclusión de que Brigitte Montfort, tenía un mal día. Uno de esos malos días que todos pueden tener, y que esto traía como consecuencia, a su vez, aquellos pensamientos sombríos en la mente más fría y lúcida del mundo.

De todos modos, había que reconocer que Brigitte tenía sus buenos motivos para sentirse triste… Puesto que era su cumpleaños, había decidido invitar a sus mejores amigos a tomar unas copas de champaña francés con guindas en su apartamento del Crystal Building, en la seguridad de que les daría a todos una alegría, y que, por supuesto, aceptarían encantados…

Pues, no.

No. No habían aceptado, por la sencilla razón de que no había conseguido localizar a uno solo de sus amigos, así que tendría que tomar el champaña ella sola. Bueno, sola, no. Tenía a Peggy, su fiel sirvienta; la rubia, bonita, simpática y fiel Peggy, que tantos años llevaba con ella. Y tenía a «Cicero», el diminuto perrillo de la raza chihuahua que Frank Minello le regalara años atrás. Eso era todo: su sirvienta y el perrito.

La verdad era que Brigitte se sentía desilusionada, deprimida. Jamás en su vida había sido egoísta o vanidosa, pero…, ¿cómo era posible que sus amigos hubiesen olvidado su cumpleaños? Sobre todo, Frank Minello, el más furibundo de sus amigos, que la adoraba.

—No lo entiendo… —siguió reflexionando Brigitte—. No entiendo que Frankie haya olvidado mi cumpleaños. Y estoy segura de que cualquier trabajo que Miky Grogan le hubiese encomendado, precisamente hoy, lo habría mandado al diablo…

Pero era cierto. No había conseguido localizar a Frankie; Miky Grogan, director del Morning News, y por tanto, su jefe y muy gran amigo a la vez, había salido de Nueva York; Charles Alan Pitzer, su jefe directo en aquel Sector Nueva York de la CIA había tenido que acudir, acompañado del simpático «Simón», a Washington, para atender las instrucciones de primeros de mes; míster Cavanagh, el jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA y por tanto jefe supremo de Brigitte Baby Montfort, tenía que asistir, aquel día, a una reunión de las altas personalidades de la CIA, también en Washington.

—Quizá haya venido él —intentó consolarse.

Pues no. Tampoco.

Número Uno, su amor, tampoco había acudido a felicitarla personalmente en su cumpleaños. En la portería del Crystal Building parecía estar esperándola el portero, el viejo Pete, que apenas verla, entró en su habitáculo, y salió en seguida, blandiendo un telegrama con la mano izquierda y la derecha a la espalda.

—¡Señorita Montfort! —llamó—: ¡un telegrama para usted!

—Gracias, Pete.

Lo tomó, pensando que incluso el simpático vejete que sentía adoración por ella había olvidado la fecha. Bien, había que resignarse a pasar al olvido en la mente de los buenos amigos. Todo llega.

El colmo de la tristeza llegó para Brigitte cuando leyó el telegrama, que procedía de Malta:

> «Lamento no poder acudir, pero te deseo feliz cumpleaños. Stop. Te ama. Angelo».

El colmo de la tristeza: Número Uno tampoco estaría con ella, aquel día. Pero, al menos, se había acordado de su cumpleaños, y esto era digno de tenerse en cuenta: su amor no estaría con ella, pero la recordaba…

—Señorita Montfort…

—¿Sí, Pete? —Alzó Brigitte la cabeza, guardando el telegrama.

—Permítame que le desee feliz cumpleaños.

El vejete dijo esto, tendiéndole una rosa roja y sonrojándose ligeramente. La sostenía con la mano derecha, que había mantenido oculta a la espalda.

Una rosa roja. Sólo una flor…, pero, en aquellas circunstancias, valía por todos los regalos del mundo. Brigitte la tomó, sonriendo dulcemente, y se la colocó en el bellísimo escote de su vestidito veraniego.

—Pete eres encantador —aseguró.

Y para demostrar que lo creía realmente, besó al vejete en ambas mejillas, abrazándolo, proyectándolo hacia una grandísima felicidad.

—Y además —añadió Brigitte después de los besos—, estás invitado a beber champaña francés conmigo. ¿De acuerdo?

—¡Oh, sí…! ¡Sí, sí! ¡Caracoles!, ¡menuda conquista acabo de hacer a mi edad! ¡Nadie me lo va a creer!

—Pues tendrán que creerlo —Brigitte lo volvió a besar en ambas mejillas—, porque haré esto mismo, siempre que me lo pidas. ¡Vamos allá, terrible conquistador!

—Bueno —vaciló Pete—, tengo un par de pequeñas cosas que hacer, todavía, aquí… ¿Le importa que suba dentro de unos minutos?

—Claro que no: te espero.

Ascensor. Vigesimoséptimo piso. Llavín. La puerta del apartamento se abre. Se cierra.

Peggy acude rápidamente por el amplio pasillo, con su cándida sonrisa de buenísima muchacha.

—¡Buenas noches, señorita!

—¡Hola, Peggy…! ¿Ha llamado alguien?

—No, señorita… No.

—Ya. Bueno, va a subir Pete, al menos. ¿Está fresco el champaña, preparadas las guindas…?

—Por mi parte, lo he preparado todo como… como si fuesen a venir los que… Bueno…

—No te aflijas. Seguramente, han tenido motivos insoslayables para faltar a esta pequeña fiesta. Además, es absurdo, celebrar los cumpleaños, ¿no te parece? Cada cumpleaños que celebramos, es un año menos de vida que nos queda… Celebración absurda, por lo tanto.

—También podemos pensar que cada cumpleaños que celebramos es un año más que hemos vivido, señorita, y que ese año, ya no nos lo quita nadie.

—Excelente filosofía… ¿Dónde la has aprendido?

—Aquí —sonrió Peggy—, con usted.

—Pues si algo he enseñado a alguien, mi vida ya no ha transcurrido en vano. Ve a la cocina, a por todo eso: no creo que Pete tarde más de cinco minutos.

—¡Sí, señorita!

Caminaron juntas por el pasillo, y Peggy se detuvo detrás de Brigitte cuando ésta se desvió hacia el tramo que llevaba al salón. El lujoso salón…, que hoy estaría prácticamente vacío. Brigitte llegó allá, encendió la luz…

«¡Es una chica excelente,
es una chica excelente,
es una chica excelenteeeeee…,
y siempre lo será!
¡Y siempre lo será!
¡Y siempre, lo será!
¡Y SIEMPRE LO SERAAAAAA…!
¡¡¡FELIZ CUMPLEAÑOS!!!»

—¡Yo diría más! —siguió vociferando Frank Minello, subido a lo bruto, según era costumbre; en él, en el delicado sofá—: ¡feliz cumplesiglos, Diosa de la ETERNA BELLEZA! ¡Viva tu cuerpo, y vivan tus ojos, y tus piernas, y tus… tus…!

—Frankie… —rió Peggy, detrás de Brigitte—… ¡que te estás pasando!

La espía más peligrosa del mundo miraba a todos con los ojos muy abiertos, como alucinada. Allá estaban todos… ¡Todos los que no había podido localizar, estaban allí, esperándola…! Charles Alan Pitzer, con corbata nueva y bien peinado; Simón, su ayudante en el Sector, con su cariñosa sonrisa de hermano mayor; Miky Grogan, que estaba dispuesto a someter, a su úlcera a un tratamiento de canapés de caviar y champaña francés; míster Cavanagh, que debía haber dejado sin su valiosa presencia la reunión de altos jefes en Washington;… ¡Y hasta estaba allí Mac Gee, el viejo, encorvado, despeinado, miope y sabelotodo Mac Gee, el técnico químico de la CIA que tantos y tantos trucos le había proporcionado para sus misiones de espionaje!

—¡Viva la chavala más cachonda del mundo! —aulló Frank Minello.

—Eres un bruto —pudo, por fin, reír Brigitte—. ¡No des más saltos en mi sofá!

Ya no pudo decir nada más, verdaderamente, se sentía emocionada…, y porque todos se abalanzaron hacia ella, y comenzaron a besarla, y a darle pequeños paquetitos, a desearle feliz cumpleaños, muchas veces… Sólo que casi no podía oírlos, porque Minello estaba aprovechando a conciencia la ocasión: había abrazado a la divina espía, y, en lugar de darle un par de besos, estaba tomando ración para mil cumpleaños, a toda máquina…, hasta que Brigitte, por fin, reparó en el atraco de que estaba siendo

objeto, y se desprendió de él dándole un manotazo.

—¡Frankie, eres un abusón!

—Es verdad —admitió Minello—. ¡Pero cómo me he puesto de besos! ¡Mi madre, cómo me he puesto de besos de Brigitte!

—¡Sinvergüenza! —reprochó, ella.

—Seguro; sinvergüenza. ¡Pero cómo me he puesto, madre mía, cómo me he puesto de besos!

Los demás lanzaron la gran carcajada, mientras Brigitte se acercaba a Mac Gee, y le ofrecía la mejilla. Mac Gee carraspeó, se inclinó, y rozó con sus labios aquella mejilla de seda y de oro…

—¡HHHUUU…! —Lo abucheó Minello—. ¡HUUUUUUU! ¡Que enseñen a ese muchacho a besar! ¡Y voy a hacerlo yo mismo…!

—¡Quieto ahí! —le ordenó Brigitte—. Yo me encargaré de eso. Vamos a ver, Mac Gee… Mire, se hace así, ¿ve? —Lo besó en una mejilla y luego en otra—. ¿Se da cuenta?

—No muy bien —murmuró Mac Gee.

—¿No? Bueno, repitamos la lección:… Observe: así, así, así, así, así… ¿Va comprendiendo?

—Probaremos —sonrió Mac Gee—. Así, así, así, así, así, así, así, así, así…

—¡Caradura! —tronó Minello—. ¡Este tío se está aprovechando más que yo! ¡Zambomba, qué gasto de mejillas está haciendo! ¡Y decía que no había entendido bien la lección! ¡Abusón!

—Pues yo creo —rió Brigitte— que Frankie tiene razón, Mac Gee: es usted un pícaro.

—Es verdad —admitió Mac Gee—, pero con más astucia que ese mastodonte.

Una nueva carcajada colectiva, mientras Minello quedaba muy corrido, mirando con el ceño fruncido a Mac Gee, que acababa de darle una lección de astucia, desde luego.

—¡Pues vaya con los espías…! —masculló.

—Oye —se frunció, de pronto, el ceño de Brigitte—: ¡tú no me has regalado nada!

—Mujer…, ¡no iba a traer el yate a tu apartamento!

Brigitte quedó estupefacta.

—¿Un yate? ¿Me vas a regalar un yate?

—¿Quién? —Se pasmó Minello—. ¿Yo?

—Sí, tú. ¿No has dicho que…? ¡Has dicho que no ibas a subir el

yate al apartamento! ¿No es cierto?

—Sí, claro que es cierto.

—Bueno… Comprendo eso, desde luego. Pero si me has comprado un yate, debe estar en alguna parte, ya que…

—¿Que yo te he regalado un yate? —exclamó Minello—. ¿De dónde sacas semejante barbaridad?

—Pe-pe-pero tú has dicho… ¡Todos lo han oído!

Los demás asintieron enérgicamente, mirando a Minello, que parecía estar sorprendido ante la tontería del género humano.

—Lo has dicho, desde luego —gruñó Grogan.

—¡Vaya si lo ha dicho! —dijo Simón.

—Seguro; lo ha dicho —aseguró Pitzer.

—Yo también lo he oído —dijo Cavanagh.

—Y yo también, aunque soy un poco sordo —zanjó Mac Gee.

—¡Todos están locos! —bramó Minello—. ¿De dónde iba yo a sacar el dinero que cuesta un yate?

—¡Pues lo has dicho! —se indignó Brigitte—. ¡Has dicho que ibas a regalarme un yate!

—No, no… Bueno, debo haberme explicado mal. Lo que yo quería decir…

—¡Ay! —gimió Brigitte—. ¡Ay, Dios mío, ya nos va a salir con una de sus majaderías!

—… Es que tú mereces que te regale un yate, pero como no es posible subirlo aquí, pues no te lo regalo. Te lo regalaré el día que podamos subirlo a tu apartamento. Mientras tanto —sacó un diminuto paquete del bolsillo—, éste es mi regalo… ¿Qué pasa? ¿Por qué me miran todos de ese modo?

—Mereces que te asesinen —masculló Grogan—. ¡Eres el tipo más cretino que he conocido en mi vida!

—Es posible —admitió Minello—. Pero estoy seguro de que mi regalo es el más valioso que Brigitte ha recibido jamás.

—¡Tonterías! ¡Tu regalo será alguna…!

—¿Qué es? —saltó Brigitte—. ¿Qué es, Frankie?

—Un pedazo de mi corazón.

—¡Santo cielo! —Se pasmó Mac Gee—, ¡pero qué bruto es este muchacho! ¡Parece…!

—¡El pastel! —avisó Simón, frotándose las manos y relamiéndose—. ¡El pastel, caballeros!

Brigitte se volvió, y vio a Peggy entrando con un gran pastel adornado con velitas de color azul, ya encendidas.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Oh, qué precioso pastel…!

—Con muchas velitas —deslizó maliciosamente Miky Grogan.

—¡Ay, Dios mío…! ¿Cuántas? ¿Cuántas me han encendido…? —corrió hacia el pastel, y las contó mientras Peggy lo dejaba sobre la mesita; se quedó turulata—. ¡Veinticinco velitas! ¡Pero eso no es cierto, yo tengo más años, tengo…!

—Veinticinco —cortó Cavanagh, con tono autoritario—. Usted tendrá, siempre, veinticinco años, Brigitte.

—Pe… pero…

—¡Es una chica excelente, es una chica excelente! —Reanudó Minello la canción, con su vozarrón; y los demás se le unieron en el acto—. ¡Es una chica excelente…, y joven siempre está, y joven siempre está…! ¡Y loca está por mí, y loca está por mí! ¡Vamos a ver cómo sopla la niña! ¡Que sople, que sople, que…!

Brigitte se inclinó, hinchando las mejillas, y, de una sola vez, apagó las veinticinco velitas. Todos aplaudieron, y Minello apartó a los demás con simpática rudeza, siempre vociferando:

—¡El trozo más grande para mí!

—Desde luego, eres un cínico —amonestó Grogan—. Tu regalo a Brigitte ha sido el más pequeño, y, en cambio, quieres el trozo más grande de pastel.

—¡Puede que sea el más pequeño, pero es el más valioso!

—¡Caballeros! —rió Brigitte—, vayan sirviéndose mientras yo ayudo a Peggy, un minuto, en la cocina.

Los dejó cortando pastel y discutiendo, y fue hacia la cocina con Peggy, la cuál la miraba extrañada, porque ciertamente, ella no necesitaba ayuda…, ni iba a permitir que Brigitte se ocupase en esas cosas mientras ella…

—Lo sé, lo sé —la miró Brigitte sonriendo, adivinando una vez más sus pensamientos—. Sólo he venido a ver qué me ha regalado Frankie. Mientras tanto, ve sirviendo el champaña y lo demás.

—¡Ah! —sonrió Peggy.

Brigitte abrió la pequeña cajita tras desenvolverla. Dentro, había una tarjeta. Una simple tarjeta.

Decía:

FRANK MINELLO
PERIODISTA
te asegura, una vez más, que siempre
te tendrá reservado el pedazo más grande
de su corazón. O todo el corazón, si lo quieres.
Tuyo,
Frankie.

Cuando Brigitte alzó la cabeza, Peggy ya había salido de la cocina, pero, en su lugar, estaba allí míster Cavanagh, mirándola en silencio, atentamente, con un sobre en la mano.

—La CIA también le hace un regalo, Brigitte —murmuró.

—¿De veras? —Brigitte tomó el sobre, y sacó su contenido; era un cheque por cien mil dólares—. Exprese mi agradecimiento a la CIA, señor. Pero, francamente, prefiero el regalo de Frankie.

Le tendió la tarjeta, y Cavanagh, después de leerla, se la devolvió, diciendo:

—Estoy de acuerdo con usted, querida. La verdad es que estuve tentado de rechazar en su nombre el cheque, pero pensé que usted va a encontrar un humanitario destino para este dinero.

—Eso, por descontado —Brigitte entornó, de pronto, los ojos para mirar a su jefe absoluto—. ¿Ha venido a la cocina sólo para entregarme el regalo de la Central, señor?

—Pues… no. No. Naturalmente, habría venido a felicitarle por su cumpleaños, de todos modos, pero ha surgido… un pequeño trabajo que nos gustaría que lo realizase usted.

—¿Qué clase de «pequeño» trabajo?

Míster Cavanagh miró su reloj, y sonrió.

—El helicóptero acudirá a buscarnos a la terraza de este edificio a las dos y media de la madrugada, para llevarnos a mi despacho. Mientras tanto, creo preferible que nos divirtamos un poco.

—De acuerdo —parpadeó Baby—. De acuerdo, vamos a divertirnos.

* * *

—Me… me he divertido como… como nunca en mi vida, os lo ju-ju-

juro, ami… amigotes —tartajeó Minello—. ¡Y el champaña estaba… delicioso…! ¡hip…! deli… ¡hip…! delicioso… Ahora, les voy a… les voy a deleitar a todos con… con un nuevo baile… de mi invención que… que es así…

Minello estaba despeinado, tenía torcido el lazo de la corbata, arrugada la chaqueta del esmoquin, y algunas huevas de caviar en la punta de la nariz que se miraba de cuando en cuando, provocando la hilaridad de todos. Pero la hilaridad subió de tono cuando comenzó a bailar el baile de su invención, que consistía en mover las caderas a velocidad digna de una bailarina de los Mares del Sur, dar un saltito, de cuando en cuando, describir una vuelta, y lanzar un sonoro ¡hip!

—Se… se llama… «Muévete, negra, que es carnaval…», y… y lo voy a patentar en… en Río de Janeiro…

—A propósito de negras —se inclinó Mac Gee, riendo, hacia Brigitte, que reía deliciosamente—: ¿cómo le fue el *Blackcolor* en su último trabajo? Veo su piel tan blanca como siempre…

—Mi piel no es blanca, sino del color del sol —protestó Brigitte —. En cuanto al *Blackcolor*, fue un auténtico éxito, quede tranquilo… ¡Ay, Dios mío…! ¡Miren eso! ¡Frankie, no seas tan provocativo, o Miky se va a enamorar de ti!

—¡Zambomba! —exclamó Minello, dejando de bailar en el acto, y de simular su simpática borrachera—. ¡Eso sí que no! ¡A este tío no lo soporto yo, de amante, ni aunque me compre un yate!

El que lo estaba pasando fenómeno era el viejo Pete, que ni remotamente sospechaba que estaba disfrutando una velada en compañía de la espía más peligrosa del mundo y de sus jefes. Porque, vamos, ¿quién podía pensar que el señor Pitzer, que era propietario de una floristería, era un espía? ¿Y cómo pensar semejante cosa de aquel caballero tan atractivo, que cojeaba un poco, pero que era fuerte, y elegante, y tan educado y simpático, y amable…? En cuanto a la señorita Montfort… ¿Una espía? Si en aquellos momentos le hubiesen dicho al viejo que su querida vecinita del piso veintisiete era la espía más peligrosa del mundo, se habría muerto de risa…

En cuanto a Frank Minello… ¡Zambomba!, como decía el propio señor Minello… ¡vaya un muchacho simpático y divertido…!

Y mientras el viejo Pete pensaba todo esto de aquellas personas

en su vida de no-espías, míster Cavanagh consultó su reloj, y miró a la señorita Montfort. Sólo eso. La señorita Montfort miró entonces su propio relojito, y asintió con la cabeza.

—Señores —dijo—: si no terminamos la fiesta, los vecinos van a llamar a la policía…

—¡Yo me encargo de los vecinos! —exclamó Pete.

—No, no, Pete… Son las dos de la mañana… ¡Zambomba, ya está bien!

El que más protestó fue Minello, que se marchó en último lugar, cantando una parodia del famoso tango:

—¡Adiós, hermosa, compañera de mi vida…, niña querida, niña adorada…! ¡Adiós, cachonda, bella flor del mundo entero, amor amado, que nunca…!

Brigitte cerró la puerta, riendo, y regresó rápidamente al salón, donde Peggy comenzaba a ordenar el campo de batalla.

—¿Listo mi equipaje, Peggy?

—Sí, señorita. He tenido tiempo de sobra de prepararlo, y de reírme… ¡Frankie ha estado estupendo hoy!

—Eso quiere decir que hoy no te ha pellizcado —rió la divina.

—¡Oh, sí, lo ha hecho…! ¡Pero es tan simpático! Resulta imposible enfadarse con él. Y me ha contado un chiste —Peggy miró, desconcertada, a Brigitte al oír sonar el carillón de la puerta del apartamento—. Han llamado, señorita. ¡Oh, alguien debe haber olvidado algo…! ¿O son esos señores de…?

—Sí —murmuró Brigitte.

Peggy fue a abrir, y regresó segundos después con Mac Gee y Cavanagh. Éste preguntó:

—¿Lista?

—Así es la CIA —suspiró Baby—: por un lado, me felicita mi cumpleaños, y por otro, hace lo posible para que sea el último.

Capítulo II

El cumpleaños de la señorita Brigitte. Montfort había quedado atrás, había sido el dos de julio. Ahora, era el día tres, y la señorita Montfort no estaba disfrutando con sus amigos, sino a bordo del poderoso reactor que muy pronto, a las siete de la tarde, tomaría tierra en el aeropuerto de Orly, cerca de París.

París. Una vez más, París.

Estaban tan cerca ya que los señores pasajeros fueron advertidos para que se abrochasen los cinturones, y dejasen de fumar, por favor, «please, s'il vous plait»… La señorita Montfort se abrochó el cinturón de seguridad, pero no porque, hubiese oído las recomendaciones, sino porque se dio cuenta de que lo estaban haciendo los demás pasajeros. Ella tenía la mente muy ocupada para poder dedicar ni tan siquiera el más diminuto espacio en ella a los detalles de un simple vuelo en avión, aunque ese vuelo hubiese significado cruzar el Atlántico.

La mente muy ocupada, recordando las explicaciones de míster Cavanagh en el despacho de éste, durante la madrugada entre el día dos y él tres de julio de mil novecientos setenta y tres. Uñas explicaciones sorprendentes, a más no poder… Explicaciones sobre un plan al que la agente Baby había querido oponerse desde el principio. Pero la CIA utilizó con ella el más brutal chantaje: si ella no se encargaba de respaldar el asunto, lo haría otro agente.

Con lo cual, quedaba clarísimo que la CIA le gustase a ella o no, estaba dispuesta a seguir con el plan. Y el plan era de tal envergadura humana que Baby tuvo que aceptar.

—No saldrá bien —le había dicho míster Cavanagh.

—Las cosas se harán bien, no absurdamente. Por eso queremos contar con usted. Por otra parte, nuestro agente Soames Nelson no es ningún… muchacho, sino todo un espía. Sabe muy bien lo que va a hacer, y ha aceptado voluntariamente.

—Si los rusos se dan cuenta, lo matarán en el acto… Y no seré yo quien pueda censurar a los rusos la muerte de… Simón.

—No se moleste en llamarlo Simón, como hace siempre con todos —había aclarado míster Cavanagh—. A éste puede llamarlo por su verdadero nombre: Soames Nelson. A fin de cuentas, usted va a perseguirlo, por traidor, y no precisamente con buenas intenciones… Por otra parte, quiero dejar bien claro que Soames Nelson es un sujeto de los mejor entrenados, y muy peligroso. Es inteligente, frío, tenaz, duro como el acero, no teme a nada ni a nadie… ¡Vamos, vamos, querida! sus Simones no son, realmente, unos niños desvalidos a los que usted deba cuidar: son espías, son compañeros de espionaje, de trabajo… Y muchos de ellos, pueden hacer su trabajo tan bien como usted, en su ambiente. Son hombres peligrosos. Y de entre todos ellos hemos elegido a Nelson, precisamente porque es el más peligroso.

—Está bien… Es su propia vida la que se juega voluntariamente.

—Usted se la ha jugado cientos de veces. ¿Acaso él no tiene derecho a hacerlo?

—Supongo que tiene usted razón, señor —había suspirado Brigitte—: Soames Nelson tiene derecho a jugarse la vida. ¿Qué clase de información tiene que introducir en el espionaje soviético?

—¿De verdad le interesa ese detalle? —se había sorprendido Cavanagh.

—Pues… no. No me interesa, realmente. Bien, haré mi parte lo mejor que pueda.

Míster Cavanagh se había removido inquieto en su sillón.

—Tenga mucho cuidado, Brigitte… La utilizamos a usted como detalle de convicción absoluta para los rusos…, pero no debe caer usted, claro está. Si tal eventualidad pudiese surgir, le ruego que abandone el asunto y ponga tierra de por medio entre usted y los rusos. Una cosa es apoyar esta introducción de uno de los nuestros, y otra cosa es dejarse matar por ello.

—Todavía no soy tan estúpida —había sonreído fríamente la mejor espía del mundo—. Además, puesto que Soames Nelson hace todo esto voluntariamente, no podría yo acusar a los rusos de asesinato de un compañero. Así que tenga la seguridad de que en cuanto las cosas se pongan de tal modo que ni siquiera yo pueda resolverlas, me escapo de Europa a toda prisa. Bien está proteger y

vengar a mis Simones, pero sería una necedad morir porque uno de ellos quiera arriesgar su vida de ese modo increíble.

—Veo que lo ha comprendido. Cuando llegue usted a París le dirán dónde está Soames Nelson, y el resto dependerá de usted y de él. Naturalmente, para estrechar el cerco, usted movilizará a todos nuestros agentes de París, o Francia entera si es necesario, con los cuales podrá estar en contacto por los medios habituales. Ahora bien, si ocurriese algo que usted comprendiese que escapa a sus posibilidades de control, o si precisase una ayuda especial, no recurra a nuestros sistemas habituales de apoyo: llame por su radio a la clave Europa 9999-191…

—¿Quién me atenderá?

—Un hombre. Se llama Waldo Jackson, y puede usted confiar plenamente y absolutamente en él. ¿Está claro?

—Desde luego.

—Bien. Cabe también la posibilidad de que sea él quien, por determinada circunstancia, recurra a usted, llamándola por esa onda clave cada hora en punto. De modo que, cada hora en punto, usted pondrá durante un minuto, esa clave Europa 9999-191 en su radio. Por lo demás, las instrucciones completas son las siguientes…

Habían sido unas instrucciones alucinantes.

Alucinantes. Tanto, que se podía pensar que los rusos quizá se tragasen al anzuelo. Estaba todo tan bien pensado, tan bien planeado, que… sí, quizá los rusos cayesen en la trampa que se les estaba preparando.

Podría ser.

Todo podía ser, en este sucio mundo del espionaje.

Todo.

* * *

El hombre se acercó sonriente, llenos de admiración, respecto y afecto cada uno de sus gestos.

—¿Baby? —musitó.

—Sí —le sonrió ella—. ¿Qué tal, Simón?

—Estupendamente, gracias. Y usted, también, según veo.

—No puedo quejarme de la vida —rió la divina—. Parece usted una persona bienhumorada.

—Procuro serlo. Al principio me costó bastante, no crea, pero puse en ello toda mi voluntad y lo conseguí. O eso, o pegarme un tiro en la sien: siempre es mejor que recibir una cuchillada por la espalda.

—Entiendo… Pero no hay que exagerar; en estos tiempos, las cuchilladas en la espalda han pasado de moda.

—¿Usted cree? Bien, voy a encargarme de su equipaje. ¿Me da el resguardo?

Cinco o seis minutos más tarde, ambos viajaban hacia París, en el coche que conducía Simón-París, jefe de la CIA en la llamada capital del mundo. Parecía que cada cual fuese a hacer el corto viaje sumido en sus pensamientos, hasta que Simón dijo:

—La llevaré a mi apartamento en Quai Saint-Bernard. No está mal, y además se ve el Sena desde la terraza. Es un buen lugar para dar un bonito paseo sin caminar demasiado, pues cerca tenemos el Jardín des Plantes…

—¿Dónde está Soames Nelson?

Simón se pasó la lengua por los labios.

—En un pequeño apartamento de la rue Mazarine, en el Quartier Latin; el número de la casa es el veintidós. Llegó ayer.

—¿Y…?

—No —negó el espía—, no ha ocurrido nada todavía. Pero yo puedo decirle lo que va a ocurrir: lo matarán. Los rusos lo matarán. Esto no puede salir bien.

—La verdad es que yo pienso lo mismo, pero en la Central me dijeron que Soames Nelson ya era mayorcito, que sabía lo que se hacía… ¿Lo tenemos controlado?

—Naturalmente. Lo cual, en cierto modo, es una imprudencia, porque los rusos pueden darse cuenta de que estamos cerca… Nos olemos muy bien unos a otros.

—Se supone que por eso he venido yo a París: para que ustedes se alejen del alcance del olfato ruso.

—Es decir, que nosotros nos alejaremos y usted será la que permanecerá cerca de Soames Nelson.

—Sí, claro… Exactamente.

—No me gusta —masculló Simón—. ¡No me gusta! Este juego de introducir agentes en otro servicio secreto es ya muy viejo, Baby. Y por todos los demonios, ¡los rusos no son tontos!

—Esa misma excelente opinión tengo yo de ellos. Pero vamos a tranquilizarnos, ¿le parece bien? Nosotros llegaremos hasta, donde se pueda llegar, y nada más. ¡Oh, son las siete en punto de la tarde…!

Abrió su maletín rojo con florecillas azules estampadas, y sacó la radio de bolsillo. Con el diminuto punzón que llevaba la propia radio, varió la disposición de las pequeñas placas de ésta, para colocarlas en la onda clave Europa 9999-191. Dejó la radio sobre su regazo, y encendió un cigarrillo, mientras pensaba que era demasiado escrupulosa, en ocasiones. Acababa de llegar a París, y ya prevenía la posibilidad de que su misterioso respaldo, el hombre llamado Waldo Jackson, en el cual debía confiar por completo, pudiera llamarla. Era perder el tiempo, pero…

Bip-bip-bip-bip…, llamó la radio colocada en Europa 9999-191.

Fue tan sorprendente, que Baby se quedó mirando atónita el pequeño aparato durante un par de segundos antes de apretar el botón de admisión, acercando la radio a su rostro.

—¿Sí? —murmuró.

—¿N. Y. 117? —preguntó una voz masculina, grave, profunda, asombrosamente agradable.

Brigitte parpadeó. Sí, claro, ése era su nombre oficial en los ficheros de la CIA, por supuesto…

—Sí, en efecto —admitió.

—¿Le digo mi nombre o sabe quién soy?

—Sé quién es usted…, supongo, puesto que llama por esta onda. ¿Ocurre algo?

—En efecto, yo soy quien usted ya sabe —la agradable voz sonaba matizada en risa—. Y sí, está ocurriendo algo: nuestro… traidor ha lanzado ya su primer cable.

—¿Se ha puesto en contacto con los rusos, ya?

—Digamos que está dando los primeros pasos. Salvo una excesiva suspicacia por parte de los rusos, no creo que el contacto directo se demore más de un par de días. Incluso podría ser mañana mismo, de modo que no se descuide usted.

—Muchas gracias por la información —replicó Brigitte, un tanto fríamente—, pero tenga la seguridad de que no acostumbro descuidarme… nunca.

—A mi modo de ver, esa excesiva seguridad en usted misma

refleja una extraordinaria dosis de orgullo…, que puede ocasionarle no pocos problemas. Le diré que estoy encantado de trabajar con usted, sin embargo. Y me voy a permitir insistir en mi recomendación: «no se descuide usted ni un instante, en ningún momento…». El minuto ha terminado.

Brigitte abrió la boca para replicar, pero a sus finos oídos llegó el inconfundible chasquido revelador de que la comunicación había sido cortada. Hizo lo propio, frunció el ceño, y guardó la radio en el maletín, que volvió a dejar a sus pies.

Simón, que le dirigía breves miradas de sorpresa, preguntó, por fin:

—¿Quién era ése?

—Nadie.

La respuesta de Baby no podía ser, en verdad, más increíble, pero Simón-París la aceptó. Sabía que, desde el mismo momento en que la agente Baby pusiera los pies en París, él dejaría automáticamente de ser el jefe en la capital francesa, y su zona de influencia en espionaje.

Y ni mucho menos se sintió molesto con la queridísima mascota de la CIA, porque comprendía muy bien su estado de ánimo: todos estaban muy preocupados por la suerte que pudiese correr aquel compañero suicida llamado Soames Nelson. Porque una cosa era segura: no engañarían a los rusos, y éstos lo matarían… Matarían a Soames Nelson, sin la menor duda. Y Soames Nelson tenía que ser imbécil para no saber esto.

«Me gustaría saber —pensó Simón—, cómo se siente ese muchacho: yo creo que debe estar muerto de miedo».

Capítulo III

Soames Nelson salió, en pijama, al diminuto balcón de la casa número veintidós de rue Mazarine, aspiró hondo, miró un instante hacia el bello sol de la mañana, el cielo azul, limpísimo…

—¡Ah…! ¡Hermoso día! —exclamó en voz alta, tan campante—. Uno siente de lleno la alegría de vivir.

Estuvo un par de minutos contemplando divertido a los apresurados transeúntes del Quartier Latin, y acabó por encoger los hombros. La vida cambia; nada permanece igual… Y en ocasiones, es muy lamentable. Por ejemplo, él recordaba aquella película que había visto cuando era un muchacho… Se titulaba «Un americano en París», y la protagonizaba el fabuloso bailarín Gene Kelly… Sí, exactamente… ¡Qué película tan agradable! En las calles de París se veían flores, personas pintorescas y amables que se comunicaban sus secretos a voces, de balcón a balcón, que siempre reían, que se ayudaban unos a otros, y flotaba en el ambiente un dulce sabor de amor romántico…

—Hay cosas que no deberían cambiar —meditó, disgustado—. Pero vaya usted, mi amigo, a decirles ahora a esas gentes que se dediquen a cambiar amabilidades en las calles llenas de flores… ¡Al demonio! ¡Ni siquiera hay flores!

Desarrugó de pronto el ceño, y entró en el pequeño apartamento, barato y sencillo, que había alquilado a su llegada a París… Bueno, en cierto modo, después de todo, París seguía siendo París, al menos en ciertos detalles…

Entró en el dormitorio; se sentó en el borde de la cama, y se quedó mirando a la preciosa muchacha que dormía allí, completamente desnuda, con las manitas cerradas y la boquita entreabierta. Como una niña… Sólo que, ciertamente, Babette hacía tiempo que había dejado atrás la niñez.

Soames Nelson miraba con tal fijeza a la muchacha que casi era

sorprendente que ella no se despertase. ¿Quién era? ¿Realmente era una chica cualquiera de París? No una cualquiera en el sentido de ramera, no… Una jovencita cualquiera de las muchas que viven alegremente su vida, en París… ¿Lo era?

La noche anterior, cuando Soames regresó a su apartamento, Babette había llamado a la puerta. El apenas hacía medio minuto que había llegado… Al oír la llamada, se colocó a un lado de la puerta, tensas las facciones.

—¿Quién es? —había preguntado, en francés.

—Soy su vecina de arriba, *monsieur*. ¿Sería tan amable de abrirme un momento?

Soames Nelson permaneció tres o cuatro segundos en suspenso. ¿Su vecina de arriba? Bueno, no tenía nada de extraordinario, ciertamente. Desechó, de pronto, sus vacilaciones. ¿Acaso podía temer algo? Ni siquiera podía admitir que los rusos le enviasen una chica a matarle. Tonterías. No harían eso de buenas a primeras, claro que no. Pero sí podían enviar a alguien que intentase…, conocer un poco al agente americano.

Decididamente, estaba fantaseando.

Así que abrió la puerta. Y en seguida, sonrió. No sólo para parecer un buen muchacho, sino porque no había más remedio que sonreír. Era preciosa. Llevaba unos viejísimos *blue-jean*, y una camisa azul anudada a la cintura. Se le veía el vientre. Sus cabellos eran castaños, largos, y su boca muy roja, sonriente. Tenía unos ojos sensacionales. Una muñequita, vamos.

—¡Buenas noches, *monsieur*! ¿Soy inoportuna?

—Pues no —negó Soames—. De ninguna manera. Pero me parece que no nos conocemos, señorita…

—Me llamo Babette.

—¡Qué bonito nombre…! ¿Puedo hacer algo por usted, Babette?

—¡Oh, sí, *monsieur*! ¿Me permitiría entrar en su cuarto de baño?

—Mmm… ¿En mi cuarto de baño? Sí, cómo no… Pase, pase.

La muchacha entró, él cerró la puerta, y se fue en pos de ella hacia el cuarto de baño; debía ser cierto que vivía en el apartamento de arriba, pues conocía la distribución del de Soames, que lógicamente debía tener la misma forma… Babette entró en el cuarto de baño, y se quedó mirando al techo, en la parte donde debía estar la pequeña bañera.

—Menos mal —suspiró—. ¡No parece que hayan desperfectos!

—¿Qué clase de desperfectos? ¿A qué se refiere?

—Algo ha ocurrido en mi bañera. No sale el agua por el grifo, y, en cambio, se llena el suelo. He temido que usted estuviese sufriendo alguna filtración por mi culpa, *monsieur*.

—¡Ah…! Pues no. Ya ve que no.

—Me alegro mucho. En fin, todo va bien por aquí, pero yo tendré que quedarme sin mi baño, esta noche.

Soames Nelson alzó las cejas, con gesto divertido. La vida sólo se vive una vez, y la suya, precisamente, no era de las que, lógicamente, sería muy larga. Si la chica estaba haciendo algún juego extraño, por otra parte, él se dispuso a seguirlo.

—Me gustaría ser fontanero para resolver su problema —dijo, festivamente—, pero no lo soy. De todos modos, quizá podamos encontrar una solución.

—¿De veras, *monsieur*? ¿Cuál?

—Puede usted bañarse aquí, si lo desea.

—¿De verdad que me lo permitiría, *monsieur*?

—Lo haría con muchísimo gusto.

—¡Muchísimas gracias…! ¡Voy a por mi albornoz y vuelvo!

Dicho y hecho; la muchacha salió corriendo del apartamento de Soames, dejando la puerta abierta. Soames se quedó rascándose la cabeza, siempre divertido. ¿Era una broma? Pues no, no era una broma, porque Babette regresó con la velocidad del relámpago, portando su albornoz.

—¡Gracias, *monsieur*! ¡Muchas gracias!

—A su disposición —farfulló Soames.

La muchacha entró en el cuarto de baño, y Soames se sentó en una de las butacas. Durante unos minutos, estuvo oyendo el rumor del agua, el alegre canturreo de la muchacha… Fantástico. Si era alguna jugada de alguien, desde luego él no le veía el significado por ninguna parte…

—*¡Monsieur!*

Soames había pegado un brinco. Corrió hacia el cuarto de baño, y se encontró a Babette bajo la ducha, por supuesto completamente desnuda, dándole la espalda y maniobrando en el grifo. Ella volvió la cabeza, y le sonrió, turbada.

—¡Cuánto lo siento, *monsieur*! Quizá he estropeado su baño…

¡No puedo cerrar el grifo!

—Vamos a ver —dijo Soames, como si tal cosa.

Se acercó, metió un brazo bajo el chorro del agua, asió el grifo, y lo cerró. El agua dejó de caer.

—¡Oh! —exclamó Babette.

Soames la miró simpáticamente, de arriba abajo.

—¿Me permite que la ayude a secarse? —se ofreció.

—Es usted muy amable, *monsieur*.

Con todo desparpajo, la muchacha salió de la bañera. Soames tomó una toalla, y comenzó a secarla. Ella, de pie, inmóvil ante él, le miraba, risueña.

—Es usted muy guapo, *monsieur*.

—¡Ah, sí! —admitió en el acto Soames, casi riendo—. ¡Eso es absolutamente cierto!

Soames sabía que esto era cierto: alto, musculoso, pero sin duda alguna esbelto, cabellos rubios, ojos castaños, boca grande y simpática, barbilla agresiva, frente despejada… Sí, Soames sabía que, realmente, él era muy guapo. Cosas de la vida.

—¿Y yo, *monsieur*? ¿Le parezco bonita yo?

Soames dejó de friccionar el bonito cuerpo con la toalla, y tomó entre sus manos el rostro de Babette, lo acercó, y besó los bonitos labios, tan frescos en aquel momento.

—Mucho —asintió—. Eres muy bonita, Babette.

—¿Sabe, *monsieur*? No es cierto que mi bañera esté averiada.

—Ah… ¿No?

—¡No! —rió ella—. Ocurre que hace algunos días le veo entrar y salir, y como desde el primer momento me gustó, me dije… Me dije: «¿Por qué no buscas amistad con ese señor tan hermoso, Babette?». Y como usted va siempre tan serio, pensé este truco.

Realmente, Soames Nelson no salía de su pasmo.

—Ya, ya —dijo, por decir algo—. Claro, entiendo. ¿Y qué pretendes con este truco?

—¡*Monsieur*…! ¡Una mujer que hace esto, no puede decir las cosas más claramente!

—Claro, claro —asintió Soames.

Deslizó sus manos hacia los pechos de ella, que suspiró y sonrió. Soames se fijó en lo bonita y dulce que tenía la boca. Ella le había asido las manos, como temiendo que él dejara de acariciarla, y las

retenía sobre su pecho.

—Vivo sola —dijo—. Podríamos cenar juntos.

Se abrazó a él, y lo besó en los labios… Cuando vino a darse cuenta, Soames estaba en la cama con ella. Era deliciosa. Besaba de maravilla, se estremecía alegremente a cada caricia, y cuando por fin sucedió, parecía la más feliz de las muñequitas del mundo, besando a Soames, diciéndole palabras tiernas, dándole mordisquitos… Toda una nueva experiencia, realmente, para Soames Nelson. ¡Jamás había conocido una muchacha tan absolutamente deliciosa!

—¿De verdad quieres quedarte a cenar?

—¡Oh, sí! —le sonrió ella luminosamente—. ¡Me gustaría quedarme toda la noche contigo!

—Bueno —aceptó Soames.

Y allá estaba, durmiendo, después de toda una noche de auténticas batallas maravillosas. ¿Sueño o realidad? ¿Casualidad? ¿Una jugada extraña de los rusos?

Soames adelantó una mano, y la deslizó por un seno de la muchacha.

—Babette —llamó.

Ella abrió los ojos, y en seguida sonrió y tendió los brazos hacia él. Soames Nelson sintió algo así como un cañonazo dentro de su cuerpo.

—*Bon jour, mon amour*! —cantó ella.

—*Bon jour*! —Él se inclinó a besarla—. ¿Qué te gustaría desayunar?

Babette se echó a reír, se abrazó a él, y lo arrastró. El espía americano tardó muy poco en saber lo que la muchacha quería para desayunar, y era un menú tan económico qué no vaciló en complacerla. Luego, se quedó mirándola de nuevo, acariciándola.

—Eres increíble —sonrió—. ¿De dónde has salido?

—Pues de… ¿Qué hora es?

—Ni idea.

Ella saltó de la cama, corrió, desnudita, a mirar la altura del sol, y regresó despavorida.

—¡Tengo que marcharme a trabajar! —gritó—. ¡Se me ha hecho muy tarde! ¿Te gustaría que esta noche también se me estropease la bañera?

—Me encantaría —rió Soames.

Ella le besó en los labios, recogió su albornoz, y salió de allí a toda prisa, poniéndoselo… Soames Nelson quedó solo, sentado en la cama, fruncido el ceño. Pero de pronto, sonrió. Bien, ¿de qué podía quejarse? A fin de cuentas, fuese cual fuese el juego, a elle gustaba. No tenía nada que perder.

«¿No es estupendo? —se dijo—. Me encargan una misión de lo más interesante, incluido sexo en abundancia, y, por si fuera poco, resulta que voy a trabajar ni más ni menos que con nuestra querida muñequita de la CIA. ¡Caramba, Soames, la vida te sonríe, muchacho!».

Era el cuatro de julio.

Precisamente el día de la cita.

* * *

A las seis menos siete minutos de la tarde, hora, muy poco precisa, pero que en definitiva era la que indicaban las instrucciones que tan prolijamente había recibido en Washington, Soames Nelson llegaba, nada menos, que al famosísimo Café de la Paix, y ocupaba una de las redondas mesitas en la terraza.

¡Ah, París, París…!

«Bueno —frunció el ceño, pensando—, ¿y qué tiene de extraordinario, París? Es una ciudad grandota e incómoda. Claro que si nos dedicamos a visitar museos y salas nocturnas, quizá encontremos algo diferente…».

—*Monsieur*? —inquirió un camarero.

—*Whisky, s'il vous plait. Avec des glaçons, naturellment.*

—*Mais oui, monsieur.*

A las siete y tres minutos, cuando estaba degustando el *whisky* escocés, pareció reparar en la presencia de los dos hombres que ocupaban una mesita cercana, a la que habían llegado apenas medio minuto después que él. Los dos hombres le miraban fijamente, y Soames se pasó la lengua por los labios, como aprovechando hasta la última gota de *whisky*, mientras hacía una imperceptible seña con la cabeza. Uno de aquellos hombres hizo lo propio, y luego, su mirada fue hacia el bordillo de la acera en que se hallaban. Soames Nelson volvió a asentir con la cabeza. Había

comprendido: le habían localizado, y le decían que muy pronto un coche se detendría allí un instante, y que ellos tres deberían subir al vehículo. *Okay*: el mecanismo estaba en pleno funcionamiento.

A las siete y cuatro minutos, apareció la muchacha rubia.

Llegó a pie, miró a todos lados, y, casualmente, sus verdes ojos se posaron en los de Soames Nelson. Entonces, la muchacha sonrió maliciosamente, y se quedó mirándolo con fijeza. Soames era un hombre, y no podía hacer otra cosa que la que hizo: sonrió también, con cierto aire de complicidad masculina. O eso, o parecer marica…

La muchacha amplió su sonrisa, y se acercó, aunque quizá un tanto llamativa, con su minifalda que dejaba al descubierto unas piernas excepcionales, de color dorado, y la blusita casi transparente y escotada, que sólo servía para demostrar que tenía unos senos de forma y elasticidad fuera de serie. Y luego, su maquillaje, tan exagerado, tan al día, con tonos rojos y verdes…

Por supuesto, todos los hombres la estaban mirando y comprendiendo la… profesión de aquel bombón. Pero ella finalmente, se detuvo ante la mesa de Soames Nelson.

—Señor —dijo en francés—, ¿éste es el Café de la Paix?

Soames se sorprendió magistralmente, había que admitirlo.

—Sí, desde luego. Lo pone ahí —señaló.

—¡Oh!, es que… no sé leer, señor, y:., soy nueva en París.

—¡Ah, ya! Pues sí, éste es el Café de la Paix.

—Sí… Es que tengo que esperar, aquí a una amiga… Se llama Colette. Yo he llegado hace sólo dos días de Marsella, ¿comprende usted?

—Naturalmente que; comprendo. Bueno, siéntese ya: estamos llamando demasiado la atención, Baby.

La rubia sonrió, y toda su actitud fue de triunfo: estaba convencida de que, por aquel día, había encontrado a su cliente. Se sentó delante de Soames, de modo que su espalda quedó vuelta hacia los dos rusos, cuya expresión era, ahora, impenetrable.

—Muy bien, señor Nelson —siguió hablando la rubia, en francés —, vayamos al grano. En primer lugar, ¿los rusos son esos dos que tengo a mi espalda?

—En efecto —sonrió Soames, como quien está aceptando una buena idea para pasar divinamente una tarde en París.

—De acuerdo. Mire, señor Nelson.

—Por favor, llámeme Soames. Es más íntimo y agradable.

—De acuerdo, Soames —sonrió la falsa buscona—. Muchacho, ¿se da usted cuenta, realmente, de lo que está haciendo?

—Desde luego: estoy realizando una misión.

—Mire… Hay misiones y misiones. Por ejemplo, si en la CIA hubiesen pedido un voluntario para ir a Moscú a robarle la pitillera al señor Brezney, puede que hasta yo hubiese aceptado, porqué la cosa resulta divertida, y los rusos, aunque no lo parezca, en ocasiones, tienen sentido del humor, así que nada me ocurriría.

Pero, eso de querer introducirse en el espionaje soviético, engañándolos, no les va a gustar lo más mínimo…

—No se enterarán de la jugada. Todo está muy bien tramado.

—Soames, nunca desprecie al enemigo, porque es la peor actitud que puede adoptar con respecto a ellos, ya que, mientras usted los menosprecia, ellos trabajan a sus anchas.

—¿Quiere tomar algo? —sonrió Soames."

—Sí, sí… Martini.

Soames miró al camarero que, de nuevo, estaba junto a él, pero el hombre ya había oído, y se alejó en busca del pedido de la… prostituta.

—Escuche, Baby: nada de sermones, ¿de acuerdo? Sé muy bien lo que estoy haciendo, cuáles son sus riesgos, mis posibilidades, y sé, también, que los rusos no son tontos. Pero yo he aceptado hacer un trabajo, y lo voy a hacer. Ahora, mientras todos piensan que estamos… concertando unas horas de amor, concretemos todo el asunto… Primera pregunta, ¿está usted preparada para morir?

—Sí, no se preocupe por eso: he muerto muchas veces.

—¿De veras? Pues yo, ninguna —Soames se echó a reír—. Ni pienso morir, por ahora. Todo saldrá bien…, si usted no me falla.

—Sería la primera vez que yo fallase, Soames.

—Siempre hay una primera vez.

—Está bien. Veamos si yo estoy al corriente de esto en verdad, o en la Central me engañaron con respecto a usted: hay una información determinada que a la CIA le interesa que llegue a poder de la MVD, pero sin que los rusos puedan sospechar, ni remotamente, que somos nosotros, precisamente, quienes queremos que esa información llegue hasta ellos, ya que, si así ocurriese, no harían caso de tal información… Entonces, se inventa este truco del

agente americano que se pasa a los rusos por dinero, ofreciéndoles una información verídica e importante, y, claro, si todo sale bien, los rusos creerán todo lo que contenga esa información. ¿Es eso?

—Exactamente —sonrió Soames, como si estuviese conversando de temas sexuales con la rubia.

—Y usted se ha ofrecido, voluntario, para hacer ese trabajo.

—¡Oh, vamos, se está poniendo usted pesada, Baby…!

—No vuelva a pronunciar ese nombre, porque yo sé leer las palabras por el movimiento de los labios de quienes hablan, y esos dos rusos que le están mirando a usted quizá sepan, también, hacer eso. Y si le ven pronunciar la palabra Baby antes de hora, dese por muerto… mucho antes de lo que podríamos temer. ¿Está claro?

—Sí, sí —consiguió sonreír Soames.

—Muy bien. Sigamos… Según entiendo, tiene usted treinta y cuatro años, por supuesto es soltero, y no tiene familia de ninguna clase. Fue un estudiante excelente, un gran deportista, y jamás tuvo, en Estados Unidos, ni en parte alguna, tropiezo con la policía. Nunca se ha emborrachado, jamás ha tenido líos inmorales, todos los que le han tratado le quieren sinceramente… Es usted, en suma, un muchacho excelente, simpático, bueno, honrado, siempre ha sido leal, y el deporte le enseñó a saber perder con una sonrisa… Es usted, en fin, la clase de hombre en laque cualquier persona del mundo confiaría, y sin la menor duda, capaz de hacerse querer por cualquiera… Y ahora, Soames, dígame, ¿usted, realmente, tiene la esperanza de que los rusos crean que un hombre así está traicionando a su patria por unos cuantos rublos?

—Ellos no saben nada de mí, así que…

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué quiere decir con eso de que no saben nada de usted? ¡Vamos, Soames…! Antes de decirle a usted, tan siquiera buenos días, los rusos se van a enterar hasta de la hora del nacimiento del ciudadano norteamericano Soames Nelson. Le diré lo que va a pasar: ciertamente, lo llevarán a Moscú, lo tratarán muy bien, le sonreirán, y, especialmente, uno de ellos le caerá a usted muy bien, porque será un ruso que hablará inglés a la perfección, que habrá estado en Estados Unidos, que habrá practicado el mismo deporte que usted… ¡Qué estupendo será encontrar a un muchacho ruso de estas características! Pero, entre ese buen muchacho y los demás, le vaciarán el cerebro, lo

desmenuzarán como usted podría ir desmenuzando una mazorca de maíz: no quedará un solo rincón de su cerebro, de sus recuerdos, al que los rusos no lleguen…, mientras en Estados Unidos, expertos agentes de la MVD se dedican a investigar a fondo, sin reparar en gastos, el nacimiento, vida y deserción del ciudadano americano Soames Nelson. Esto, con suerte, si los rusos deciden ser amables. Ahora, vamos a suponer que, desde el principio, se lo tomen por la tremenda, o sea, que les fastidie, y con toda lógica, que usted haya querido tomarles el pelo… En ese caso, querido Soames, el trozo más pequeño que quedará de usted cabría en una caja de cerillas. ¿Me he explicado bien?

—Usted pinta las cosas de un modo… exagerado.

—¡Santo cielo, no puede ser usted tan ingenuo, Soames! Ya se lo he dicho: vaya a Moscú a intentar quitarle la pitillera al señor Brezney, y es posible que los rusos le sonrían con simpatía. Pero, por Dios, ¡no intente tomarles el pelo; no intente inyectarles una información que favorecería planes de la CIA! Soames, ¿no lo entiende? ¿De verdad no lo entiende?

—Escuche —mascullό Soames, con una sonrisa que a cada segundo le costaba más esfuerzo sostener—, ¿usted de parte de quién está, de la CIA o de la MVD?

—De parte de usted. Sólo de usted. Soames, ¿cuánto tiempo lleva en el espionaje?

—Tres años y medio.

—¡Oh…! Todo un veterano, ¿verdad? Yo empecé a hacer pequeñas cosas cuando tenía diecisiete años, y me admitieron en la… nómina de la CIA cuando tenía veintitrés. Llevo mucho más tiempo que usted metida en estas cosas. Y le voy a dar un consejo: venga ahora conmigo, larguémonos juntos de París a toda velocidad, y olvidemos el asunto. De lo contrario, usted está muerto… ya.

Por un instante, sólo por un instante tan brevísimo que incluso Baby se preguntó si realmente había existido, un destello de miedo apareció en los ojos de Soames Nelson. Pero a la millonésima de segundo siguiente, el espía informaba de su decisión:

—Quiero terminar este trabajo que he comenzado.

Brigitte Montfort, alias Baby, alias una rubia prostituta de las calles de París, cerró un instante los ojos.

—Dios le acoja, Soames. ¡Oh, mi martini! —Se echó a reír, y cuando el camarero depositó el martini en la mesita lo bebió de un trago—. ¡Qué bueno está! Pero, querido, yo tengo un surtido completo en mi apartamento —se oía, quizá excesivamente, su voz —. Incluso tengo una botella qué sólo la descorcharía por ti.

—¿Lo harías? —rió Soames, pellizcándole la barbilla.

—¡Oh, sí…!. ¡Oh, sí, mi amor!

—Bueno —Soames guiñó un ojo—, creo que en tu apartamento habrán tantos alicientes, qué un hombre no podría desdeñarlos jamás. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Me llaman *Poupée*.

—¡Caramba…! Te llaman Muñeca… ¡Pues me parece un nombre muy acertado! ¡Hey, oiga!, ¿puede llamarnos un taxi?

—Temo que me están llamando con urgencia de otra mesa, señor —replicó, inexpresivamente, el camarero.

—¡Vaya un servicio…! Bueno, ahí tiene, con propina y todo… ¡y váyase al demonio!

Poupée soltó una risita, y se puso en pie, imitando a Soames, que le pasó un brazo por la cintura, y se dirigieron al borde de la acera, exponiendo Soames una nueva idea que, a juzgar por su tono de voz, le parecía excelente:

—¿Y si fuésemos, primero, a pasear por el Sena en lancha? ¡La noche es joven!

—¡Oh, pero yo preferiría…!

Los dos rusos sentados en el Café de la Paix ya no oyeron nada más, pero, por la actitud autoritaria del americano tuvieron que comprender que, al parecer, éste se iba a salir con la suya. Los estuvieron mirando mientras caminaban por la Place Vendóme, durante unos segundos, y luego se miraron.

—No me gusta esto, Ilya —murmuró uno de ellos.

—Ni a mí, Alex… Pero —se puso en pie y dejó un billete sobre la mesa—, vamos a seguirlos.

Alex también se puso en pie, fruncido el ceño.

—Es una jugada de los americanos —aseguró.

Ilya encogió los hombros, y señaló hacia la pareja, que se estaba alejando demasiado de ellos.

—Será mejor que vayamos por separado —dijo—. Yo me comunicaré con Piotor, para que esté cerca de nosotros, con el

coche, por lo que pueda suceder.

—¡Está bien!

Cada uno por un lado, se fueron detrás de la pareja. Cruzaron la Place Vendóme, y recorrieron, uno por cada acera, la rue Castiglione, de modo que llegaron a la rue Rivoli, delante mismo de las Tulleries, por delante de cuyos jardines caminaban Soames Nelson y la francesa de Marsella llamada *Poupée*, quienes llegaron a la Place de la Concorde, siempre tomados del brazo, y riendo los dos alegremente. Al parecer, Soames Nelson había convencido a la bella y llamativa rubia de que un paseo por el Sena podía predisponer al amor al más reacio de los mortales…, aunque ese amor fuese de pago.

Ilya sacó de un bolsillo interior la diminuta radio, y abrió el canal, tras colocar el aparato ante su boca, con toda tranquilidad.

—Dime —oyó.

—Piotor, algo raro está pasando con el americano. Va con una mujer hacia el Sena. Estamos cruzando, ahora, la plaza de la Concordia, y vamos a llegar, en seguida, al Quai de las Tulleries… ¿Nos estás viendo, quizá?

—No. Pero os localizaré en seguida.

—Hazlo. Ni a Alex ni a mí nos gusta esto.

—No te preocupes: estaré cerca cuando me necesitéis…, si es que este maldito tráfico de París me lo permite. ¡Estoy harto de París!

—Ven directo al Quai de las Tulleries: parece que esperan encontrar algo ahí.

Ilya cerró la radio, la guardó, y miró a su compañero Alex, que caminaba a no menos de veinte metros de él a su izquierda, como un tranquilo paseante. La mirada que cambiaron ambos rusos fue de auténtico malhumor, de inquietud; y expresaba a la vez, bien claramente, que si hubiese dependido de ellos, aquel americano podría haberse ido al infierno.

Pero quizá…, quizá, el americano tuviese algo que valiese la pena.

Capítulo IV

—Todo va bien —rió *Poupée*, de modo harto llamativo—: los rusos siguen detrás de nosotros, Soames.

—Bueno —rió, también, el espía—, creo que va llegando el momento de la gran comedia… ¿O deberíamos llamarlo tragedia? ¡La que se va a armar en toda Europa!

—Opino que se toma todo esto demasiado a la ligera, francamente. Bien…, estamos, llegando al lugar. Y dentro de unos segundos comenzará todo… Soames, buena suerte, muchacho.

—Es la primera cosa agradable que me ha dicho, desde que hemos entrado en contacto. —rió Soames, apretándole con fuerza la cintura.

—Es muy posible que sea la última que oiga en su vida:

—Ya lo ha estropeado todo. Bien…, ahí les tenemos. Hasta la vista, Baby.

—Dios le oiga…

Estaban muy cerca del pretil que bordea el Sena, y, de pronto, Soames empujó rudamente a *Poupée* hacia allí, mientras metía la mano derecha hacia el sobaco izquierdo. La sacó armada ya con la pistola con silenciador, y, justo cuando *Poupée* rebotaba, disparó… *Poupée* lanzó un alarido, alzó los brazos, y, al mismo tiempo, impulsada por la tuerza de, la bala, chocó de nuevo contra el pretil, lo rebasó, y su cuerpo se precipitó hacia el río…

Un instante antes, habían aparecido tres nuevos personajes en escena. Tres hombres, cada uno por un lado. Uno de ellos lanzó un grito, sacó también una pistola, y disparó contra Soames Nelson, que se había quedado, como hipnotizado, viendo a *Poupée* saltando hacia el Sena. Pero, el balazo le hizo reaccionar: dio un salto, gritando a su vez, y al volver a poner los pies en el suelo estuvo a punto de caer. Consiguió mantener el equilibrio, y echó a correr, cojeando visiblemente.

Dos de los tres hombres recién aparecidos corrieron hacia el río, y se lanzaron al agua sin vacilar, olvidados inmediatamente de Soames Nelson. El tercero corría detrás de éste, pistola en mano, sembrando el pánico en los pacíficos paseantes parisinos, que corrían a todos lados en busca de refugio... La tramoya estaba perfectamente montada: Soames se volvió, disparó de nuevo, y el único hombre que corría en su persecución dio un traspié, y cayó de bruces, deslizándose un par de metros por el suelo, perdiendo la pistola, pero arrastrándose velozmente tras ella, hasta volverla a empuñar...

Disparó justo cuando Ilya se acercaba a Soames, haciéndole señas rabiosamente, llamándole... Ilya dio una vuelta sobre sí mismo, cayó al suelo, y se puso en pie..., mientras Alex tomaba cartas en el asunto, disparando contra el hombre que perseguía a Soames, el cual se había apresurado a arrastrarse hacia detrás de uno de los bancos de piedra.

El coche apareció como por arte de magia. Alex lo señaló, y corrió a ayudar a Ilya, cuya dificultad para caminar era cada vez más notoria. El primero en entrar en el coche fue Soames Nelson, con el rostro desencajado, y la pantorrilla derecha llena de sangre.

—¡Vámonos! —le gritó al conductor de aquel coche—. ¡Vámonos de aquí ahora mismo, era una trampa...!

Piotor, lívido, no le hizo el menor caso. Salió del coche, corrió hacia sus camaradas, y, en un instante, entre él y Alex metieron a Ilya en el asiento de atrás. Alex también pasó a este asiento, mientras Piotor volvía al volante, y partía de allí velozmente...

—Me han encontrado —jadeaba Soames—. ¡Me han encontrado, y me han tendido una trampa! ¡Esa mujer...!

—¡Cállese! —atajó, secamente, Alex—. Piotor, ten cuidado: si corres, demasiado, ahora sólo conseguirás que nos hagan parar.

—¿Cómo está Ilya? —preguntó Piotor, con voz crispada.

—No lo sé. Lo examinaré ahora... Conduce con cuidado, y ve hacia la más cercana salida de París.

—Si salimos de ésta, iré a besarle las mejillas a Mao. ¡Malditos sean todos los americanos del mundo! ¡No debimos...!

—Cállate tú también, y conduce. ¡Con cuidado! —indicó—. ¡Ilya se está desangrando!

Piotor comenzó a maldecir, mientras sus manos parecían querer

triturar el volante…, pese a lo cual, condujo con exquisito cuidado, pues, mirando por el retrovisor, no veía coche alguno que pareciera seguirles.

—Voy a salir por Neuilly —dijo.

—Está bien —aceptó Alex.

—Aunque quizá convendría que antes que nada nos ocupásemos de conseguirle un médico a Ilya, porque…

—Ya no lo necesita.

Piotor quedó lívido como un muerto mientras todo su cuerpo sufría un estremecimiento, si bien las manos parecían de hierro, clavadas al volante. Soames Nelson lanzó una exclamación, y miró con expresión desorbitada el cadáver del ruso Ilya, al que Alex, no menos lívido que Piotor, estaba deslizando al piso del coche, de modo que quedaría bajo los pies de ambos y no podría ser visto desde el exterior. Hecho esto, Alex se sentó adecuadamente, y su mirada, azul, fría, como transparente, se clavó en los ojos de Soames Nelson.

—Era…, era Baby —jadeó Soames—. Yo no sabía…

—¿Baby? —Respingó Alex—. ¿Ella ha intervenido en esto?

—¡Sé que era ella, lo sé! ¡No sé cómo ha podido ocurrir, pero ha ocurrido, me han encontrado, y la han enviado a ella, no sé para qué…!

—¿No sabe para qué? —se sorprendió Alex—. ¡Esta es buena! ¡Está bien claro que querían cazarlo, y, según parece, no se conformaban con usted! Querían saber a quién veía, y qué hacía… ¿O no?

—No sé… Sí, supongo que sí. Ella… Yo creí que era una prostituta cualquiera, y estuve a punto de enviarla al diablo, pero me… me di cuenta de que no era así…

—¿Por qué se dio cuenta? ¿Por qué detalle? ¿O quizá ella misma se lo dijo?

—No, no… No me lo dijo… Pe-pero yo… yo lo supe. En la CIA, todos sabemos que los ojos de Baby son verdes, y dicen que cuando le miran a uno, sabe que está pensando matarle… Y los ojos de esa mujer…

—¿Nunca la había visto antes?

—Nunca. ¡Pero sé que era ella! Comprendí que yo estaba perdido, que ella estaba jugando conmigo, y quise… buscar una

oportunidad. Creía que los demás estarían cerca del café, y por eso la alejé de allí, no sólo por mí para intentar escapar, sino por ustedes…

—¿Por nosotros? —gritó Piotor.

—Sí… ¿No lo comprenden? ¡Si me tenían localizado a mí, debían haberlos visto, también, a ustedes!

—¡Ah…! Ha sido muy considerado con nosotros, ¿verdad?

—Si me indisponía también con ustedes…, ¿quién iba a ayudarme en el futuro?

—Muy listo —replicó secamente Alex.

—Tenemos que marcharnos…, marcharnos cuanto antes… ¡Me arrepiento de todo esto, he sido un idiota! ¿Cómo pude pensar que conseguiría…?

—¿Qué es lo que tiene para vendernos? —cortó Alex.

Soames Nelson lo miró vivamente, alarmado primero, y con evidente desconfianza en seguida. Apretó los labios, y no contestó.

—Como quiera —encogió los hombros Alex—. Pero no olvide que usted buscó el contacto, no nosotros. Muy importante tiene que ser su mercancía para pedir tanto dinero por ella. Sólo por eso nos interesó… Y ahora que Ilya ha muerto, será mejor para usted que el asunto haya valido la pena.

—¿Me está amenazando? —jadeó Soames.

—Ilya ha muerto —dijo Alex, como respuesta—. En cuanto a eso de que usted ha matado a Baby… Bueno, Nelson, si no fuese porque bajo mis pies tengo el cadáver de Ilya, me echaría a reír.

—¿Qué quiere decir?

—Espero que entienda mi explicación: si esa mujer era Baby, no ha muerto, y si ha muerto, es que no era Baby. ¿Comprende?

—No…

—¡Escuche, llevamos un montón de años buscando a Baby por todo el mundo, y jamás hemos conseguido ni tan siquiera hacerle un arañazo, y ahora viene usted, uno de la CIA, y la mata ante nuestras narices…! —Alex soltó un furioso bufido—. ¿Con quién cree que está tratando? ¿Con cretinos?

—No… No, no… Bueno, puede que no fuese Baby pero…, pero sé que la he matado, y… ¡Tenía que ser ella, porque sus ojos me parecieron de hielo, y dicen…!

—¡Oh, vamos, cállese! —Gruñó Piotor—. Parece usted un niño

recitando muy mal una lección.

—¿Creen que les estoy mintiendo? —Palideció Soames.

—Ya lo averiguaremos. Y será mejor que vaya haciéndose a esa idea, Nelson.

—Escuchen, no les miento… Tengo la mercancía, es un microfilme que explica… ¡No les estoy mintiendo!

—Dígame una cosa, ¿lleva encima el microfilme?

—No… No.

—¡Qué sorpresa! —ironizó Piotor.

—¿Dónde lo tiene? —inquirió Alex.

—Lejos de aquí… Muy lejos.

—¿Dónde?

—En…, en Alemania.

—¡En Alemania! —bufó Alex.

—¡Es cierto, lo envié a un lugar donde estuve hace un par de años, en…! ¡Está allí, se lo juro!

—Alemania es menos grande que Rusia —deslizó Piotor—, pero aun así, no me parece que vaya a ser fácil ir allá y localizar un microfilme. Además, hay dos Alemanias… ¿En cuál de ellas y dónde, exactamente?

—No les estoy mintiendo —tembló la voz de Soames—: lo envié allá, a una pensión, a nombre de Richard Walf… Está esperando sólo que yo yaya a recogerlo.

—¿Qué pensión, de qué ciudad?

—No lo diré… ¡No lo diré!

Alex lo miró fijamente, en silencio. Luego, sacó un paquete de cigarrillos, y encendió uno, sin molestarse en ofrecer al espía americano. Durante unos minutos, rodaron en silencio, llegando ya a la Place de Verdun. Ante ellos, amplia y recta, estaba la Avenue de Neuilly. No tardarían mucho en salir de París…

—La he matado… —dijo, de pronto. Soames, con voz crispada —. ¡La he matado! ¡Santo Dios, he matado a Baby; me he condenado a muerte a mí mismo!

—Consuélese —dijo, con ironía, Alex—: si la ha matado, en Moscú le van a entregar seis millones de dólares.

—No… No, no, no… No llegaré vivo a Moscú; no podré llegar vivo a ninguna parte…

—Con nosotros está seguro.

—¿Con ustedes? Al contrario… ¡Al contrario, ellos saben que mi contacto ha sido con los rusos!

—¿Y qué?

—Ustedes… ustedes no se dan cuenta… ¡Por el cielo!, he matado a Baby, ¿no lo entienden? Toda la CIA de Europa se va a poner en movimiento; todos los agentes rusos, sus enlaces, sus canales de información y de transporte, van a ser tan estrechamente vigilados que no podrían pasar ustedes de contrabando ni un cigarrillo… Ustedes no entienden lo que Baby significa para la CIA, en todo el mundo… ¡Van a colocar Europa cabeza abajo! En cuanto a mí…

No dijo nada más. Se mordió los labios, y sus ojos, desorbitados, parecían contemplar horrendas imágenes que flotasen ante ellos con toda nitidez. De pronto, escondió el rostro entre las manos, y emitió un sollozo que estremeció todo su cuerpo. Alex le contemplaba fascinado, y Piotor incluso volvió la cabeza, para dirigirle una mirada entre despectiva y asombrada. Luego, encogió los hombros, y dedicó de nuevo su atención a la marcha del coche, que pocos minutos después dejaba definitivamente atrás París, cuyas luces se habían encendido ya, reflejándose en un cielo ahora blanquecino, extraño…

—Voy… voy a fumar… —dijo Soames Nelson.

Alex se limitó a mirarlo, inexpresivo. Piotor pareció que ni siquiera le hubiese oído.

El americano sacó el paquete de cigarrillos, se colocó uno entre los labios, lo encendió, guardó el paquete…, y cuando sacó la mano de nuevo, tras desviarla velozmente hacia su sobaco izquierdo, la pistola estaba en ella, apuntando firmemente a la cabeza de Alex, que respingó y palideció un poco.

—¡Siga conduciendo! —gritó Soames, que captó el movimiento de cabeza de Piotor—. ¡Y no mueva las manos del volante! ¡Las dos manos, ahí, todo el tiempo!

—¿Qué nueva jugada es ésta? —murmuró Alex.

—Ya se lo he dicho: no quiero estar con ustedes por nada del mundo. Me las arreglaré para llegar a Rusia por mis propios medios: a mí solo, la CIA no me encontrará.

—¿Está loco? —Se pasmó Alex—. ¿Pretende cruzar media Europa usted solo, estando herido…?

—Me las arreglaré… Usted, frene —Piotor obedeció, muy dócil…, y muy inteligente; Soames movió la pistola como apuntando al pecho y a la cabeza de Alex—. Y usted, salga del coche.

—¿Que salga…? ¿Pretende dejarnos aquí?

—A usted solo. ¡Salga! Y si pretende disparar cuando nos alejemos, le diré lo que pasará: lo primero, le meteré una bala en la cabeza a su compañero, y luego, recuerde que yo estaré protegido dentro del coche, y que usted estará…

—Lo entiendo, lo entiendo —gruñó Alex—. Sobre todo, no se ponga nervioso, Nelson. Le voy a obedecer. Y recuerde que, en sus actuales circunstancias, no le interesa enemistarse, en serio, con nosotros. Es una advertencia amistosa.

—¡Salga!

Alex asintió con la cabeza, y se apeó. Soames cerró la portezuela, y se deslizó en el asiento, de modo que desde fuera no podrían alcanzarlo las balas.

—¡Usted, siga adelante! —ordenó.

Piotor no rechistó. Regresó a la carretera, y siguió conduciendo, siempre en dirección opuesta a París. Transcurridos cinco minutos, ya casi de noche, Soames le dio instrucciones para que abandonase de nuevo la carretera, hacia un pequeño grupo de chopos, cuyas bonitas hojas parecían láminas de plata bailando. Cuando el coche se hubo detenido en el lugar elegido por Soames, éste siguió dando órdenes:

—Ponga las manos sobre la cabeza y salga del coche…

—Si pongo las manos sobre la cabeza, no puedo abrir la puerta.

—Ábrala primero… Con cuidado, muy lentamente. En seguida las dos manos sobre la cabeza, empuje la portezuela con las rodillas, y así…

—Ya he entendido —mascculló Piotor—: no soy tan idiota.

Empujó la portezuela con las rodillas, después de mover la manilla del cierre, y salió del coche. Soames lo hizo al mismo tiempo, sin dejar de apuntarle. En cuanto Piotor puso las manos sobre la cabeza, se acercó a él por detrás, y le quitó la pistola.

—Ahora, saque a su compañero muerto del coche, y llévelo hacia aquellos árboles más apretados.

Siempre en silencio, Piotor obedeció. Cargó con el cadáver del

infortunado Ilya, caminó hacia el grupo de árboles más apretados, bajo los cuales apenas se veía ya, y lo depositó en el suelo… Al mismo tiempo, recibía en la cabeza, cerca de la nuca, el golpe de pistola que lo llevó a la apacible región de los sueños.

Capítulo V

Cinco de julio. Veintitrés horas antes, el camarada Piotor había recibido un tremendo golpe en la cabeza. Golpe qué le había provocado un largo sueño y, posteriormente, un doloroso despertar.

Pero ahora, vendada la cabeza, y con un vaso de vodka en la mano, las cosas parecían menos malas. Ya no le dolía nada, el vodka estaba francamente bueno, y la tarde no era brumosa, como la anterior, sino soleada, dando una hermosa tonalidad de luz a las flores del pequeño jardín de la casita que el espionaje ruso utilizaba, en momentos determinados, cerca de Ecouen, a pocos kilómetros de París.

El camarada Piotor se había acercado a la ventana de la derecha, para echar un vistazo al coche que acababa de detenerse delante de la casa. Nada que temer: eran Alex y Mischa… Mischa Nitzin, director de los servicios de la MVD en París, uno de los cuatro jefes realmente importantes del espionaje soviético en Francia.

Los vio salir del coche, mirar hacia la casa, y sonreír torcidamente. Piotor comprendió en seguida que estaba pasando muchas cosas… Muchas. Le bastaba con ver la sonrisa de Mischa, para saberlo.

Admiraba a Mischa. Con escasos cuarenta años. Mischa Nitzin hablaba nueve idiomas, tenía una cultura increíble, y sabía comportarse en siete países como si fuese nativo. Su elección como jefe de la Zona de París no había sido ninguna tontería por parte de la MVD, desde luego. Además, era elegante, sobrio, atractivo, y tenía una memoria y una inteligencia que a veces había aterrado incluso a sus propios camaradas…

—¡Hola, Piotor! —le sonrió, cuando éste abrió la puerta de la casita—. ¿Cómo va esa cabeza?

Piotor se tocó los vendajes, sonriendo…

—Bien. Me parece que la tengo entera.

—Eso está garantizado. ¿Alguna novedad?

—No… No. Todo está muy tranquilo por aquí.

—Pues debe ser el único lugar de Europa que está tranquilo —dijo Alex—. ¿Quieres un trago, Mischa?

—Sí, sí. ¡Maldita sea! —se dejó caer en un sillón—. ¡Estoy reventado!

—¿Qué ha pasado? —Miraba Piotor de uno a otro—. ¿Qué está pasando, mejor dicho?

—La CIA ha hecho explosión —murmuró Alex, sirviendo vodka en dos vasos—. Creo que le pondré un poco de hielo.

Se fue hacia la cocina, y Piotor miró con gesto huraño a Mischa, que estaba encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué quiere decir eso de que la CIA ha explotado?

—Parece ser que, efectivamente, el americano mató a la agente Baby.

—Eso es un cuento chino.

—En todo caso —sonrió Mischa—, sería un cuento americano, Piotor. Pero… Bueno, parece que puede ser cierto. Tendrías que haber visto esta mañana el aeropuerto de Orly: había allí más americanos que en Washington, con las caras más largas que la ruta de Siberia. No sé… Quizá treinta o cuarenta americanos. O más. Naturalmente, estoy hablando de americanos de la CIA, se entiende.

—Sí, se entiende. ¿Qué hacían allí?

—Hemos metido las narices en todas partes como hemos podido, porque el asunto está ardiendo, y no hemos podido averiguar más que unas cosillas que parecen poco importantes: un gran paquete muy bien embalado ha salido hacia Washington en el avión de la Panam de las once y media; después de eso, todos los americanos han abandonado el aeropuerto.

—¿Qué contenía ese gran paquete?

—Era lo bastante grande, sólido y hermético para que un cadáver llegase, sin novedad, a Estados Unidos.

—Vamos, vamos —refunfuñó Piotor—. ¡Ese truco es más viejo que la catedral de San Basilio!

—Sí —murmuró Mischa, aceptando el vaso que le tendía el reaparecido Alex—. El truco es muy viejo, Piotor, lo sé. Pero…

—¿Pero…?

Mischa Nitzin quedó profundamente pensativo, como olvidado

del mundo exterior, y Piotor se guardó muy bien de interrumpir sus pensamientos, sus ideas. Cuando Mischa pensaba, la cosa iba en serio.

—No sé —susurró Mischa, por fin—. No sé, Piotor. Habían, allí, agentes americanos a los que incluso les hemos visto lágrimas en los ojos… Ya sé, ya sé, las lágrimas no significan nada, pero… No quiero dármelas de listo, pero, para mí, aquellos hombres estaban llorando de verdad. Habían varios, en estas condiciones. Y todos, todos, estaban pálidos como si los muertos fuesen ellos. Pero no es sólo eso. Durante toda esta noche y en toda Europa, la CIA ha hecho explosión, se ha… desparramado, incluso descaradamente, por toda Europa, y las noticias que me llegan indican bien claramente que los americanos están lanzados… Por el momento, todos los servicios de espionaje, incluido el nuestro, naturalmente, les han dejado el campo libre… Los vientos que soplan de la CIA son muy malos, y nadie quiere enfrentarse a ellos de ese modo. Han suspendido todos sus pequeños trabajos de rutina, han cambiado sus ondas radiales, han recurrido a todo su material técnico de comunicaciones, y se dice que, incluso del Norte de África, están llegando más agentes a Europa.

—¿Todo eso para cazar a Nelson?

—Te diré una cosa —se estremeció Mischa Nitzin—: No quisiera estar en el pellejo de ese americano, por nada del mundo. Por nada del mundo.

—Entonces… ¿es cierto? ¿Aquella chica del Café de La Paix era Baby, y él la mató?

—Todo parece indicar que sí.

—¿Y qué piensas tú personalmente, Mischa?

—Pues… Bueno, yo sólo creo en lo que veo, pero admito que también son ciertas muchas cosas que yo jamás he visto ni veré. Por supuesto, nuestros camaradas residentes en Washington han sido avisados, y esperarán la llegada de ese avión, a ver qué pueden averiguar. Mientras tanto, nosotros también buscaremos a Soames Nelson, con gran discreción, ya que de ninguna manera, entendedlo bien, de ninguna manera, quiero un nuevo enfrentamiento armado con los americanos…

—Ellos han matado a Ilya.

—Tal como están las cosas —el rostro de Mischa se endureció

bruscamente— vamos a dejar pendiente esa factura. Nosotros tenemos una gran ventaja sobre la CIA con respecto a la búsqueda de Soames Nelson, y no voy a complicar nuestras posibilidades por liarme a tiros con los americanos… Todo llegará, a su debido tiempo.

—Está bien —aceptó, de mala gana, Piotor—. ¿Y Ilya?

—Ilya —susurró Mischa—, está camino de la Madrecita Rusia. Llegará esta misma noche.

—Igual que Baby a Washington —apuntó Alex.

—Sería… no poco sarcástico que realmente ella hubiese muerto —comentó Piotor—. Tantos años fastidiándonos, y va a morir a manos de un americano, de uno de sus Simones. ¡Maldita sea, yo no puedo acabar de creer eso, Mischa! ¿Es que somos tontos, o ingenuos, o bobos…? ¡Un americano pide un millón de dólares por una información, y, puesto que Baby interviene para darle un escarmiento, la mata…! Escucha, sé de americanos que se han jugado el tipo como locos, sólo porque creían que Baby podía estar en un pequeño apuro. Me han contado cosas que…

—Todos conocemos esas cosas. Y además, están esos americanos del aeropuerto, llorando poco menos que a lágrima viva… Puede que sea cierto que haya muerto Baby, y puede que no. Tarde o temprano, sabremos la verdad. Ahora, lo que realmente nos interesa, es localizar a Soames Nelson.

—Debe estar escondido como una rata, en cualquier rincón.

—Si yo fuese él…

—Espera. Él disponía de un coche…, de nuestro coche, ¿no es así?

—El muy cerdo… ¡Cuando le ponga la mano…!

—¡Calma, calma, calma! —sonrió Mischa—. Nada de tonterías. El Directorio quiere vivo a ese americano…, al menos, hasta que nos facilite esa información que, nada menos, le ha costado la vida a la agente Baby. Así que vamos a trabajar como corresponde al caso. Nada de violencias ni de accesos de mal genio. Guante blanco, Piotor. En cuanto al americano Nelson, pues… yo creo que está ya en Alemania.

—¿Crees que habrá ido al lugar donde se envió el microfilme a nombre de Richard Walf?

—Ese microfilme es para él una especie de… seguro de vida, con

respecto a nosotros. Si yo fuese él, habría ido a recogerlo inmediatamente. Ha podido viajar toda la noche, y posiblemente, esté ya en ese lugar de Alemania.

—¿En cuál de las dos?

—En la del Este, no —aseguró Mischa—. Así que ya están en marcha las órdenes para que Soames Nelson, o Richard Walf, sea buscado por toda la Alemania Federal. Lo encontrarán: no olvides que vosotros le tomasteis fotografías en el café, y que esas fotografías están, quizá, circulando ya por toda Alemania… Lo encontrarán. Puede que tarden semanas, pero lo encontrarán.

—Mientras no lo encuentren antes, los americanos…

—Ese es un riesgo que tenemos que aceptar. De todos modos, seguimos teniendo ventajas sobre los americanos, ya que dudo que ese americano les dijese que estaría en Alemania y que tenía preparado el nombre de Richard Walf para moverse por ese país… Tenemos ventaja. Especialmente una, tan grande, tan enorme, que siento ganas de reír.

—¿A qué, ventaja te refieres?

—Baby no podrá intervenir en esto, tanto si realmente está muerta, como si todo es un truco. Si está muerta, pues… todo ha terminado para ella. Y si quieren hacernos creer que lo está, no van a lanzarla contra nosotros en este asunto, ¿verdad? Así que, muerta o viva, la agente Baby ha terminado su parte de trabajo en el caso.

—Es verdad —sonrió Piotor—. Si está muerta, mejor. Pero si está viva y quieren hacernos creer que está muerta, no pueden utilizarla esta vez.

—Exacto: de un modo u otro, Baby ha sido puesta fuera de circulación.

Capítulo VI

La bella muchacha pelirroja de grandes ojos verdes se detuvo delante del número 6 de la Nutzelstrasse, de Nuremberg, miró dicho número en lo alto del portal, y sonrió, balanceando su bolso, de considerable tamaño. Parecía satisfecha y feliz. Entró en el portal, un poco deslumbrada por el sol, de modo que no vio muy bien al hombre. Para ella fue prácticamente una sombra que se despegaba de una puerta situada a la derecha, y que, volviéndose un tanto torpemente, casi se le echó encima, sobresaltándola.

—Perdón —se disculpó el hombre, en alemán—. ¿La he lastimado?

La sujetaba amablemente por un brazo, mirándola con vivo interés, apesadumbrado. La bella pelirroja le sonrió, moviendo negativamente la cabeza mientras contemplaba el rubicundo rostro del gordito y amable caballero; era rechoncho, más bajo que ella, tenía una calvicie muy avanzada, y usaba lentes de miope sin remisión; junto a la nariz, a la derecha tenía un ridículo lunar. Aunque quizá no tan ridículo como su paternal aire de protección, pues a fin de cuentas no había ocurrido nada importante.

—De veras lo siento —insistió él—: discúlpeme… ¡Buenos días, señorita!

Tampoco esta vez se molestó la muchacha en contestar verbalmente, limitándose a sonreír de nuevo. El hombrecillo la soltó, y salió del portal, a la soleada calle. Entonces, la pelirroja fue hacia aquella puerta de la derecha, en la cual, por supuesto más reducido, había un cartel idéntico en su confección al de la fachada: Fonda *Frau* Wilma.

Llamó a la puerta, y a los pocos segundos, ésta se abrió. Una mujer de alrededor de cincuenta años, de cabellos color paja, desgreñada, pésimamente maquillada, y que parecía envuelta como si fuese un vulgar paquete en una bata que en otros tiempos quizá

había sido bonita. Se la quedó mirando al parecer con cierta hostilidad, entornando los ojos para eludir el humo del cigarrillo que colgaba de sus labios con notable vulgaridad.

—¿Qué quiere? —mascullló, con fortísimo acento alemán—. Si busca habitaciones, tengo libres tres, y su precio…

—¡No, perdón! —sonrió, amablemente, la bella pelirroja—. He venido a ver al señor Walf.

—¿Walf…? ¡Ah, sí, *herr* Walf…! Sí… Llegó hace dos días. Arriba, habitación doce.

—Muchas gracias, *frau* Wilma.

La repelente mujer soltó un gruñido, refunfuñó algo, y cerró la puerta ante las narices de la muchacha, que volvió a sonreír, miró escaleras arriba, y emprendió la ascensión. Segundos después, se detenía ante la puerta señalada con el número doce, a la que llamó suavemente con los nudillos.

Durante unos segundos, no se oyó nada dentro de la habitación. Luego, la voz de hombre, tensa:

—¿Quién es?

La muchacha acercó la boca a la juntura de la puerta, y dijo, en inglés:

—Una amiga, señor Nelson: soy rusa.

Se oyó el girar de la cerradura, pero la puerta no se movió; se oyó de nuevo la voz del hombre:

—Pase…, con las manos bien altas.

La pelirroja rusa volvió a sonreír. Con la punta de un pie empujó la puerta, y entró, seguidamente, alzando ambos brazos, con el bolso en la mano derecha, tocando su cabeza. La puerta se cerró a su espalda, y entonces ella se detuvo. Permaneció inmóvil mientras le quitaban el maletín, por detrás, y ni siquiera pestañeó cuando la mano izquierda de Soames Nelson palpó sin contemplaciones sus senos y sus muslos, por supuesto en busca de armas… Armas que no existían.

—Baje los brazos y vaya a sentarse en la cama.

La muchacha se sentó en el borde de la cama, ya vuelta hacia el americano, mirándolo con gran atención. Atención que era ampliamente correspondida: Soames Nelson, con barba de tres días, sombrío el gesto, la contemplaba con desconfianza y esperanza, a la vez.

—No parece estar usted en muy buen estado —murmuró la pelirroja—. Lo cual, en verdad, estaba previsto: en mi maletín traigo cosas que usted está necesitando…, incluida una máquina de afeitar —sonrió, divertida—, adquirida en Holanda, y cuya marca posiblemente sea aceptable para usted. También traigo lo necesario para atender su herida adecuadamente, a fin de que podamos marcharnos… sin llamar demasiado la atención.

Soames Nelson había ladeado la cabeza, escuchándola con gran atención. Se sentó en un viejo butacón de piel, colocó el bolso de la pelirroja sobre sus rodillas, lo abrió con la mano izquierda, sin dejar de apuntar con la pistola en la derecha a la muchacha, y echó un rápido vistazo al interior del bolso. Lo primero que vio fue el estuche de la afeitadora made in USA, de una marca conocida en el mundo entero. Luego, habían cigarrillos alemanes, una botella de *whisky*, y, en efecto, gasas, vendas, esparadrapo…

Alzó la mirada, de pronto.

—¿Cómo me han encontrado? —susurró.

—Sabíamos que usted vendría a Alemania, puesto que usted mismo se lo dijo a mis camaradas, en París…

—¡No les dije semejante cosa!

—Perdón. He querido decir que usted dijo que tenía el microfilme en Alemania, y que lo recogería con el nombre de Richard Walf…

—¿Y con sólo esos datos me han encontrado?

—Usted —sonrió la pelirroja— se llevó un coche nuestro, señor Nelson, ¿lo recuerda? —Amplió su sonrisa, al ver a Nelson morderse los labios, como sobresaltado—. Sí, veo que lo recuerda. Por suerte para usted, los americanos no disponen de un dato tan conveniente, pero claro, nosotros conocemos el coche, porque su descripción, matrícula y demás detalles, ha sido repartida a todos los agentes de la MVD en Alemania, acompañada de una fotografía de usted, que le tomaron unos camaradas en el Café de la Paix, de París. Lo primero que encontramos fue el coche, que usted tiene en la calle. A partir de ahí, sólo tuvimos que indagar, discretamente, si en las cercanías de donde está el coche había un hombre llamado Richard Walf. Luego…

—¡Ya está bien! Entiendo el resto: no soy ningún novato… Aunque lo parezco: ¡maldita sea mi estampa! Debí esconder el

coche, pero no sabía dónde, ni cómo… Y además —la miró con los ojos muy abiertos, de pronto, y tragó saliva—, y estoy asustado, ¿por qué demonios iba a negarlo?

—No debe sentirse avergonzado por ello: todos hemos estado asustados alguna vez. Y en su caso, es perfectamente comprensible: la CIA de toda Europa, y agentes llegados de África, y no pocos del Oriente Medio, lo están buscando por todo el continente, sin dejar de levantar ni una sola piedra…, por si usted estuviese debajo.

—Sí… Ya me lo temía —Soames dejó el bolso de ella en el suelo, y guardó la pistola, con gesto desfallecido—. ¡Santo cielo! Estoy en el mayor lío de mi vida, y todo por un cochino millón de dólares que en maldita hora se me ocurrió querer ganar…

—Respecto a eso, esperamos que usted tenga ya el microfilme en su poder.

—Quizá —la miró, escrutadoramente, Nelson.

Ella se echó a reír.

—Me llamo Raissa Nochilov, señor Nelson, y no he venido aquí a perder el tiempo en tonterías y desconfianzas. Se me ha enviado a mí porque, siendo mujer, se supone que llamaré menos la atención de los agentes de la CIA. Mi labor es de intermediaria; de… puente entre usted y un jefe de la MVD llegado expresamente de París. Así que simplifiquemos las cosas: ¿quiere, o no quiere, usted, que nos lo llevemos a Rusia?

—Ya no sé lo que quiero…

—Pues será mejor que tome una decisión, porque jamás se ha visto en Europa un despliegue tal de fuerzas de la CIA. Se están moviendo por todas partes, metiendo las narices en el último rincón que cabría imaginar, y tenemos la impresión de que si le echan la vista encima lo van a hacer pedazos. Incluso han sido vistos algunos americanos con lágrimas en los ojos, mientras el cadáver de la agente Baby era enviado a Washington…

—¿La encontraron? —Respingó Nelson—. ¿Encontraron su cadáver?

—Naturalmente. ¿Por qué se sorprende?

—Bueno, ella cayó al Sena, así que…

—Dos de sus… Simones saltaron en su ayuda: Pudieron sacarla del río, ciertamente, pero ya estaba muerta.

—Entonces, es verdad… La he matado; era ella, era Baby…

Ustedes no querían creerlo, y hasta yo mismo empezaba a dudarlo, a creer que había sido una pesadilla…

—Evidentemente, todo es cierto, señor Nelson. El cadáver de Baby salió de Orly el día cinco, y esa misma noche llegó a Washington; algunos de mis camaradas de Estados Unidos habían sido ya informados, y acudieron a esperar el avión. En el aeropuerto habían no menos de cuatro altos empleados de la CIA de los que mis camaradas conocen. Y muchos agentes…, algunos de los cuales se hicieron cargo de un… paquete que había llegado en el avión. Un paquete de tamaño adecuado, claro. El paquete fue llevado a una furgoneta, que partió hacia Langley, escoltada por varios coches. La furgoneta llegó a la Central de la CIA, y allá termina la pista: mis camaradas informan de que, con toda seguridad, el cadáver de Baby fue sacado posteriormente de la Central de la CIA con la máxima discreción y llevado a algún lugar para ser enterrado. La… impresión general es que Baby, fuese quien fuese en la vida real, descansa para siempre en algún pequeño y lindo cementerio, posiblemente el de su pueblo o ciudad natal.

—La he matado… La he matado yo… Yo, yo, yo…

—¿Siente remordimientos?

—Sí… ¡Sí, exactamente, eso es lo que siento!

—Bueno, debe considerar usted la situación suya, en aquellos momentos: evidentemente, después de su huida de Estados Unidos con ese microfilme, fue localizado en París, y la CIA envió a Baby a por usted, y, aprovechando el asunto, quisieron ver qué hacía usted, a quién veía…

—Sí… Sí, sí, ya sé eso, ya lo comprendí. Baby me estaba… tomando el pelo, sabía que me tenía asustado, y debía esperar que alguien se me acercase, o…

—Señor Nelson, tenemos intenciones de sacarle a usted de Nuremberg esta misma noche, así que no hay tiempo que perder. Todas estas explicaciones, no sólo están sabidas, sino que ya carecen de importancia. ¿Quiere usted que nos lo llevemos a Rusia, o no?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Puede quedarse aquí, escondido como una rata, hasta que, finalmente, la CIA le encuentre, y sus ex compañeros lo hagan trizas. De verdad, señor Nelson: si usted se queda, no quisiera estar

en su pellejo. Créame.

—Iré con ustedes —jadeó Soames.

—Muy bien. ¿Y el microfilme?

—Vendrá conmigo, naturalmente.

—De acuerdo… ¿Ha tenido algún contratiempo por culpa de su herida en la pierna?

—No. Llegué aquí de madrugada, y esa bruja ni siquiera estaba en condiciones de verme: estaba borracha, pero conseguí hacerle entender mi nombre, me dio el microfilme, y me dijo que subiese aquí. Y no me he movido desde entonces. La bruja me ha subido algo de comer en un par de ocasiones.

—Supongo que se refiere a *frau* Wilma —sonrió Raissa—. En efecto, es una mujeruca repugnante. ¿Me deja ver su herida?

El pantalón estaba rasgado por el propio Soames desde la rodilla, de modo que la rusa sólo tuvo que apartar la tela, retirar el trozo de sábana con que el propio espía americano se había hecho la última cura, y contemplar la carne perforada.

—Supongo que debe dolerle bastante, pero no tiene importancia. Lo arreglaremos en seguida, de modo que quede en condiciones hasta que llegue usted a Moscú. En el momento oportuno, le traeremos ropas y un discreto disfraz de barba y bigote, pero, mientras tanto, debería usted afeitarse, ducharse, levantar el ánimo, en suma: mañana estará en Moscú.

—¿Cómo piensan sacarme de Nuremberg?

—De noche, las cosas son más fáciles. Y no se preocupe: lo tenemos todo previsto.

—¿Cuándo vendrán a recogerme?

—No lo sé aún con exactitud. Le llamaremos por teléfono y le daremos instrucciones cuando llegue el momento. Usted no se mueva de aquí, y deje todo de nuestra cuenta.

—Está bien. ¿Hay infección?

Mientras hablaba, Raissa Nochilov iba limpiando la herida de Soames, que crispaba el rostro de cuando en cuando. La rusa movió la cabeza con gesto ambiguo.

—No es nada grave, se pondrá bien en pocos días. Por el momento, así está bien. Le voy a dejar todo este material, por si volviese a sangrar. Bien, esto es todo… Creo que estamos entendidos, ¿no es así?

—Sí —musitó Soames.

—Está arrepentido, ¿verdad? —sonrió Raissa.

—Sí.

—Es fácil de comprender, pero ya no tiene remedio, después de matar a Baby. En el fondo, muchos agentes rusos hemos sentido esa muerte, y para ser sinceros, algunos de mis camaradas no sienten precisamente simpatía hacia usted, señor Nelson.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Soames.

—Ya lo he dicho. Incluso entre los rusos hay quien está muy molesto con usted por lo que ha hecho.

—Entiendo… Sí, entiendo: Soy algo así como un perro sarnoso para todos, ¿no es eso?

—No se lo tome por lo trágico.

—¿Cómo cree que debo tomármelo? Por lo que usted acaba de decir, comprendo que todos me desprecian, aunque sea con… discreción. Usted misma, seguramente, siente asco de mí.

—Claro que no —murmuró Raissa—. Todos hacemos cosas desagradables en alguna ocasión, señor Nelson… ¿Qué le ocurre?

Soames Nelson había escondido el rostro entre las manos. No contestó a la pregunta. Raissa se quedó mirándolo unos segundos… De ninguna manera le convenía que el americano se desmoronase en aquellos momentos, en aquellas circunstancias.

—Vamos, vamos —le apartó las manos de la cara—. Todo esto pasará, señor Nelson. Tiene que sobreponerse.

—Me siento… solo y repudiado por todos. Estoy arrepentido, creo que éste ha sido el mayor error de mi vida… ¡Nunca podré volver a encontrar tranquilidad, ni satisfacciones de ninguna ciase…!

—Tonterías. Es usted joven, inteligente, hermoso…

—¿Realmente piensa así? —La miró él, sonriendo incrédulo.

—Claro que sí —Raissa se acercó más a él, y le besó en los labios —. Lo que yo pienso es que se siente usted solo, señor Nelson. Necesita un poco de… alegría, de estímulo por las muchas cosas que todavía puede obtener de la vida. ¿Cómo siente la pierna?

—Muy bien —entornó él los ojos.

—En ese caso, quizá esté en condiciones de recibir alguna pequeña compensación; algo que le estimule, le haga ver las cosas con más optimismo y alegría.

—¿Qué compensación?

Raissa sonrió. Lentamente, se quitó el vestido. Luego, volvió a besar a Soames en los labios, y comenzó a acariciarlo.

—Y no creas que esto es un sacrificio para mí —susurró—. Lo hago muy a gusto.

—¿Quieres… acostarte conmigo…, realmente?

—Lo deseo —susurró Raissa.

El espía americano se quedó mirando el cuerpo esbelto y prieto de la espía rusa. La abrazó por las caderas, y la apretó contra él… Por un instante, como un relámpago; pasó por su mente el recuerdo de una muchacha, allá en París… Hacía poco de eso, ¡pero parecía que había pasado mucho, mucho tiempo! Babette. Nunca la olvidaría. Y ahora, Raissa, la rusa. ¿Por qué?

—¿Por qué? —susurró.

—Porque eres hermoso, y deseo gozar contigo —susurró también Raissa Nochilov—. ¿No te parece suficiente?

Soames Nelson apretó más las elásticas carnes de Raissa. Se besaron, se tendieron en la cama… Poco después, Raissa y él quedaban sumergidos en el calor de sus alientos… La rusa no era como la francesita. Era… más lenta y más violenta. Aun en aquellos esplendorosos momentos, la mente de Soames Nelson derivó hacia la desconfianza. ¿Por qué? Pero siguió adelante, en brazos de Raissa Nochilov… Estaba inmerso en el mundo de la mentira, pero había cosas que, concedidas con sinceridad o no, eran reales. Y Soames Nelson las vivió…

Media hora más tarde, Raissa estaba vestida de nuevo. Besó a Soames en los labios, y, mientras se dirigía hacia la puerta, susurró:

—No te olvides del microfilme.

Salió, y, poco después, estaba en la calle, parpadeando a la luz del intenso sol de la mañana, pero caminando con su gracia exquisita alejándose de la casa…, desde la cual, tras las persianas de una de las ventanas de la planta baja donde tenía su vivienda, *frau* Wilma la miraba con irónica y maternal sonrisa.

—Es linda, la rusa —tuvo que admitir.

Se volvió a mirar el feo reloj de pared, y frunció el ceño. ¡Caramba, eran ya las once menos tres minutos…! Con paso sorprendentemente atractivo, se dirigió al dormitorio, abrió el carcomido armario, y sacó un maletín rojo con florecillas azules

estampadas. De él, una radio, en la que estuvo hurgando con un delgado punzón de acero. Luego, se tumbó en la cama, esperó calculando el tiempo que faltaba para las once, y abrió el canal de llamada.

—Buenos días —oyó, en el acto, la voz agradable.

—¡Buenos días, Europa 9999-191 —contestó *frau* Wilma—. Sorpresa!

—¿Sorpresa? ¿Qué sorpresa; a qué se refiere…?

—En todos estos días es la segunda vez que usted admite el contacto. Por lo tanto, estoy sorprendida. Usted no puede ayudarme en nada, a mí. ¿Puedo yo ayudarle en algo a usted?

—¡Todavía no lo sé! —rió Waldo Jackson—. ¿Alguna novedad?

—¡Ah, eso sí!, ya lo han encontrado. Soames acaba de recibir una visita… Una linda visita.

—¿Una mujer?

—En efecto. Una rusa joven, pelirroja, muy bonita… Sé llama Raissa Nochilov.

—¡Bien…! ¿Qué han estado hablando? No, espere… ¿Ha grabado usted la conversación?

—Por supuesto.

—Voy para allá a escucharla.

—¿Está bromeando? —rechazó *frau* Wilma—. Puedo poner en marcha el receptor-grabador, ahora mismo, y usted se enteraría de todo sin acercarse por aquí, tan sólo teniendo su radió abierta…

—No —rechazó Waldo Jackson—: voy para allá.

Y cortó la comunicación.

Capítulo VII

Frau Wilma abrió la puerta de su vivienda, y se quedó mirando hoscamente al visitante.

—¿Es usted? —murmuró.

—Sí —sonrió el hombre—. Yo soy. ¿Puedo pasar?

Ella se apartó, y cerró la puerta cuando él hubo entrado; Había una chispa de interés en los ojos de *frau* Wilma cuando se dedicó a contemplar a sus anchas a Waldo Jackson… ¿Quién diría que aquel hombre estaba considerado como uno de los mejores agentes que la CIA tenía en Europa…? De rostro rubicundo, rechoncho y bajito, tenía una calvicie muy avanzada, y usaba lentes de miope sin remisión. Junto a la nariz, a la derecha, tenía un ridículo lunar…

—¿Realmente no le parece, esto, una imprudencia? —preguntó *frau* Wilma.

Waldo Jackson sonrió amablemente.

—Quisiera escuchar esa conversación —dijo, por respuesta.

—Está bien.

Un minuto después, todo estaba listo, y la conversación sostenida entre Raissa Nochilov y Soames Nelson era reproducida en el pequeño receptor-grabador. Waldo Jackson la escuchó atentamente, y al terminar, la volvió a pasar. Y todavía la pasó una tercera vez, bajo la curiosa mirada de *frau* Wilma, cuyo interés hacia el hombrecillo iba en aumento. Al comprender que éste daba por terminada definitivamente la audición, preguntó, con cierto sarcasmo:

—¿No quiere escucharla otra vez? Parece que su memoria no es muy buena, Jackson.

—Mi memoria es excelente —sonrió el hombrecillo—, pero me gusta escuchar bien: a veces se dicen cosas que pueden tener un segundo significado, y la primera vez no nos percatamos de ello.

—Bueno, con tres pasadas espero que usted haya quedado

informado a su gusto.

—Pues sí. Gracias.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

Waldo Jackson, el miope del lunar junto a la nariz, miró atentamente a *frau* Wilma, y vaciló. Por fin, movió la cabeza.

—No… Ya es suficiente. La verdad es que si quise venir fue para conocerla, personalmente, a usted.

—Me parece que no ha conseguido gran cosa, en tal caso, ya que esta caracterización de *frau* Wilma oculta por completo todos mis encantos: es uno de los personajes más desagradables que me he visto obligada a representar en mi vida… Tengo que oler a cerveza, y eso me desagrada profundamente. En definitiva, si usted ha venido a conocerme, nada ha conseguido.

—¡Oh, sí! —murmuró Waldo Jackson—. Sí, sí.

—¿De veras? ¿Qué ha conseguido?

—Lo estoy consiguiendo: hablar con Baby, conocerla…

—Si usted me viese con mi verdadero aspecto jamás podría identificarme —refunfuñó *frau* Wilma.

—Su aspecto me tiene completamente sin cuidado… Quería conocerla, no verla. ¿Le parece una diferencia demasiado sutil?

—No —murmuró la greñuda *frau* Wilma—. Y dígame: ¿a qué conclusiones está llegando respecto a mí? Si realmente me está usted… conociendo, no dudo que podrá decir algunas cosas sobre mí.

—¿Sería tan amable de invitarme a café?

—No tengo inconveniente, pero…, ¿no sería mejor que se marchase de aquí cuanto antes? Su comportamiento no es el que yo considero adecuado para un agente que tiene que apoyar, nada menos, que a Baby.

—Quizá tenga usted razón —murmuró el hombrecillo—. ¿No va a invitarme a café?

—¿Por qué no? Lo preparo en seguida… Mientras tanto, si quiere distraerse, puede subir a ver a Soames…

—¡No! —Respingó Waldo Jackson, palideciendo intensamente —. No, no… A Soames no quiero conocerlo, no.

—¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien, Jackson?

—Sí, sí… Estoy bien.

—¿Seguro? Está pálido, parece…

—¡Le digo que estoy bien!

Frau Wilma frunció el ceño, y su mirada quedó lija en los ojos de Jackson, que bajó hacia sus zapatos…

—Le serviré café —susurró *frau* Wilma.

Se fue a la cocina, y, para su sorpresa, Waldo Jackson la siguió. Ella le dirigió una mirada de reojo, y se dedicó a preparar el café. Jackson encendió un cigarrillo.

—Mi vida no ha sido precisamente un camino de rosas —dijo, de pronto—. Mis dificultades empezaron siendo niño: como era más pequeño que los demás, y por añadidura siempre estaba obeso, todos se reían de mí. En los juegos infantiles, siempre llevaba la peor parte. Y no sólo eso, sino que, en realidad, cuando mis compañeros me permitían jugar con ellos era para pitorrearse… Tardé bastante tiempo en darme cuenta de que el hecho de que la parte más difícil de los juegos me correspondiese a mí, no era casualidad… Ya sabe usted cómo son los niños: crueles por instinto… No voy a decir que sean malvados, pero sí poseen un desarrollado sentido de la crueldad. Para los niños, lo que cuenta es la realidad de poder hacer frente a todo, y el que no lo consigue, no es apto, no es… fuerte, no vale. Por fortuna para mí, pronto descubrí que si la Naturaleza no había sido amable conmigo en cuanto al aspecto físico, había sido generosísima en el aspecto intelectual. Apenas comenzar a estudiar en serio me convertí en el terror de mis profesores… No había nada que mi inteligencia no fuese capaz de comprender al instante. Al principio, hasta yo mismo estaba asustado y desconcertado, y en muchos momentos, odié mi inteligencia, que me apartaba de los demás, igual que mi aspecto físico… Al parecer, mis compañeros aceptaban, todavía con menos tolerancia, mi inteligencia que mi gordura. Tampoco tardé mucho en darme cuenta de que, precisamente mi inteligencia, iba a salvarme de una vida interiormente desgraciada. Supe vivir conmigo mismo…, y, para mi sorpresa, descubrí que no se estaba nada mal, y, por supuesto, no recibía chascos, ni malos tratos verbales… Usted sabe. No, no: nada de azúcar… Lo tomo siempre solo.

Frau Wilma asintió con la cabeza, desistió de servir azúcar en la taza de café, y volvió a mirar con intensa atención a Waldo Jackson, que tomó la taza y se dirigió al recibidor-salita de la vivienda. Ella

fue detrás, comprendió que él estaba esperando que se sentase para poder hacerlo, y se sentó. Jackson la imitó en seguida, con el platillo y la taza en una mano.

—No quiero cansarla demasiado con mi biografía —sonrió—. Supongo que usted va adivinando muchas cosas. Ocurría que siendo tan inteligente, todo me hería, todo lastimaba mi sensibilidad, hasta que llegó el momento en que, si bien vivía a gusto conmigo mismo, la soledad se fue espesando de tal modo, que se hizo intolerable. Busqué el amor… ¿No se ríe?

Frau Wilma movió negativamente la cabeza.

—No —musitó.

—Gracias. Sí, busqué el amor… Fue algo verdaderamente patético: sufrí tanto, que cuando lo recuerdo me siento enfermo. Tuve un par de aventuras, no crea… Sí, sí. Pero no era eso lo que yo quería, sino amor, ¿comprende? Y eso jamás lo encontré… Dígame, Baby: ¿realmente tiene tanta importancia, para una mujer, el aspecto físico de un hombre?

—No tiene ninguna importancia —negó *frau* Wilma—. Pero quizá usted no buscó a la mujer adecuada, Jackson.

—Claro… Sí… Sí, es posible. Como ya le he dicho, tuve un par de aventuras, pero nada significaron. Es decir, sí, una de ellas significó mucho: me decidió a no acercarme nunca más a las mujeres.

—Quizá se dio por vencido demasiado pronto.

—Quizá. Pero… quedé tan humillado después de aquello, que por nada del mundo quise correr el peligro de que volviera a ocurrirme lo mismo o algo parecido: cuando me enteré de que aquella chica se había acostado conmigo para luego explicar a sus amigos cómo era yo desnudo y cómo hacía el amor, hubiese querido morirme. Pero, mi inteligencia se sobrepuso. Cambié de residencia, trabajé en varias cosas… Siempre era un empleado importante, allá donde trabajase, naturalmente, pero, tarde o temprano, acababa por molestar a alguien, creaba recelos respecto a los escalafones… Un día, leí en un periódico un caso de espionaje ocurrido en la frontera canadiense: al día siguiente, yo estaba en Washington, preguntando por dónde se iba a la sede de la CIA.

—¿Encontró su camino en el espionaje?

—Exactamente. La CIA me sometió a una serie de pruebas

mentales, usted sabe, pura rutina… Lo normal habría sido decirme el resultado de mi examen unos días más tarde. Pues no: aquella misma noche, me visitó en el hotel donde me hospedaba, un caballero que me dijo que yo debía ingresar inmediatamente en la escuela, y me llevó allá en su coche. Tres días más tarde, solamente tres días más tarde, yo sabía ya que había encontrado mi camino: en el espionaje, cuanto más inteligente y al mismo tiempo más insignificante seas, mejor. En la CIA nadie puso traba a mi inteligencia, nadie se preocupó por la posibilidad de que yo usurpase su turno en el escalafón… Utilizaron mi inteligencia a tope no me pusieron nunca inconvenientes a nada. Es decir, que yo había encontrado al fin mi sitio, mi trabajo. En pocos años, me convertí en un agente fuera de serie, que sólo trabajaba en dirección de misiones, y siempre en la sombra: nada de intervenciones personales, directas. Lo contrario que usted —sonrió—. ¡La he envidiado tantas veces…! Pero no todos estamos capacitados para pertenecer al Grupo de Acción, y eso lo entiendo muy bien, así que yo trabajo solamente con la mente. Sólo con la mente…

—En tal caso, ¿qué clase de ayuda podría prestarme usted, si yo estuviese en dificultades?

—Siempre surgiría en mi mente la chispa genial —aseguró Waldo Jackson—. ¿La estoy aburriendo?

—No.

—Lo suponía. Sí, la conozco ya bastante bien, en sólo unos minutos he penetrado en su alma. Claro que venía ya con la ventaja de haber oído muchísimas cosas buenas de usted, pero de todos modos, ha sido muy hermoso comprobar que usted existe y que es como es. ¡Adiós, Baby!

Se puso en pie, y *frau* Wilma lo miró, desconcertada.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se va así, tan de repente?

—Ya he tomado el café y la he conocido.

—Pero…

—Nuestro trabajo en común ha terminado. ¿A qué hora se irá usted de aquí?

—No sé… No había pensado en ello. ¿Todo lo demás está preparado?

—Por mi parte, sí, no se preocupe. Aunque, en realidad, esto ha terminado: los rusos se llevarán a Moscú a Soames Nelson, con la

información que queremos introducir en la MVD, y nosotros volveremos a nuestros agujeros…

—No se puede decir que yo viva en un agujero —sonrió *frau* Wilma.

—A hermoso cuadro, hermoso marco —sonrió, también. Waldo Jackson—. Y como yo soy un cuadro feo, siempre tengo que vivir en sitios feos, es decir, en un marco adecuado a mí. Es lógico, no me quejo… Hace cuatro años que vivo en Nuremberg…

—¿Aquí? ¿Lleva usted cuatro años aquí?

—Sí. Este es mi… punto base. Puedo operar en toda Europa, en cualquier dirección, y regresar. Soy tan evidentemente insignificante que nadie se fija en mí. Hago mi trabajo donde sea, y vuelvo a mi pequeño, modesto y triste apartamento de la Flotnerstrasse. No ha pasado nada, nadie me ha visto, nadie me ha mirado. Creo —sonrió con cierta amargura— que ni siquiera los rusos se han fijado en mí. ¿No le parece sorprendente?

—Pero muy conveniente.

—¡Ah, eso sí! Bien, como le decía, hemos terminado: no más contactos entre usted y yo. De ninguna clase. ¿Cuándo se irá usted de aquí? Lo digo porque, a partir de esa hora, me despreocuparía de usted por completo; no quisiera que por un descuido mío pudiese todavía ocurrirle algo a Baby —sonrió de nuevo—. Una cosa es simular su muerte, y otra cometer un fallo que pueda dar lugar a que esa muerte sea real, auténtica. ¡Santo cielo, usted no sabe la hecatombe que la noticia de su muerte ha causado en toda Europa, Norte de África, Oriente Medio…!

—Parece que debo convencerme de que mis muchachos me quieren realmente… —murmuró *frau* Wilma.

—Dios… ¡Daría la vida porque a mí me quisieran como la quieren a usted!

—No exagere, Waldo —rió ella.

—¿Cree que estoy exagerando? Pues… Le juro que no. Sin embargo, acepto las cosas: cada cual tiene su destino. Y yo me alegro mucho de que el suyo sea tan hermoso, de que tenga tantos amigos, tantas personas que la quieren…

—Lo cual, habida cuenta de la noticia de mi muerte, puede ocasionar grandes contratiempos en toda Europa, en estos días. La CIA, mis muchachos, quizá hagan alguna barbaridad…

—¡Oh, no! No la harán mientras no encuentren a Nelson. Por lo demás, todo ese… movimiento, todo ese jaleo, estaba previsto por la central, naturalmente: nuestros compañeros están aprovechando la ocasión para hacer una buena limpieza en toda Europa…, cosa que ya hacía falta. Luego, cuando se sepa que usted no murió, todos se tranquilizarán…

—Pero los rusos sabrán entonces que Soames Nelson les habrá mentido.

—Todo está previsto. ¿Me dice a qué hora se irá?

—Tengo que esperar a que los rusos llamen a Soames por teléfono para darle instrucciones, o avisarle de que vienen a buscarlo… El teléfono está aquí, en la vivienda, de modo que tendré que esperar, dar el recado a Soames, y, por fortuna, como todo habrá salido bien, podré regresar de verdad a casa. La verdad es que mi labor no ha sido muy brillante… Y, al mismo tiempo, me fastidió caer al Sena simulando haber recibido un balazo.

—Fue una hermosa acrobacia —elogió Waldo Jackson.

—¿Estaba usted allí?

—Por supuesto. Y quedé admirado. Usted… parece de acero y de goma, al mismo tiempo. Es una mujer sorprendente… y admirable. ¡Adiós, Baby!

—¡Adiós! —aceptó *frau* Wilma la mano que le tendía Jackson—. Y cuidado con los rusos.

Un gesto despectivo apareció en los labios de Waldo.

—No se preocupe por los rusos: yo sé muy bien cómo manejarlos en todo momento. No hay nada que ellos hagan que yo no pueda controlar. ¡Adiós, Baby… Adiós…!

Y *frau* Wilma quedó sola, muy pensativa, sentada en él sillón. Encendió un cigarrillo, y movió la cabeza.

—Para ser tan inteligente —reflexionó—, me parece que el compañero Waldo menosprecia demasiado a los rusos…, que no deben estar durmiendo en estos momentos, precisamente…

Capítulo VIII

Mischa Nitzin se volvió en la cama, y deslizó una mano por el vientre de Raissa, terso y fino…

—De todos modos, no me ha gustado en absoluto.

—¡Oh, vamos, Mischa…! ¿Realmente le das importancia al sexo? Simplemente, el americano estaba muy deprimido, pensé que podía echarse atrás, o hacer cualquier tontería… No sé. Me pareció que eso levantaría su ánimo.

—No sé lo que ocurriría con él, pero te aseguro que el mío sí lo has levantado. Has sido muy amable, Raissa.

Ella se quedó mirándolo, casi irritada.

—¡He sido muy amable…! Parece que le estés dando las gracias a un robot. No voy a decir que haya hecho lo más importante del mundo, pero te he entregado mi cuerpo, Mischa.

—¿Quieres decir que te has sacrificado, sólo por complacerme?

—¡Claro que no! —rió ella—. Soy una mujer temperamental, y no doy importancia ninguna a que un hombre me posea. Sobre todo, si ese hombre me gusta, como tú.

—Y como el americano.

—La verdad es que también me gustó… ¡Vamos, no seas tonto! Estamos los dos desnudos en la cama: ¿crees que es el momento de hablar de otro hombre… o de otra mujer?

—No —refunfuñó Mischa.

—¿Estás muy cansado?

—Claro que no.

—Entonces, podemos continuar con la siesta un poquito más… He querido; decir, una vez más.

—¿Quieres otra vez…?

Ella asintió. Mischa, entre asombrado y divertido. Ningún inconveniente por su parte, desde luego. Comenzó a besar a Raissa, que cerró los ojos y comenzó a acariciarlo a él a su vez, caminando

ambos, sin prisas, hacia la más absoluta intimidad;… De cuando en cuando, era bueno poder olvidarse de que uno vivía poco menos que de prestado. Si eres espía, estás muerto, se solía, decir…

Pero en aquellos momentos, al menos, Mischa se sentía magníficamente vivo.

Mischa encendió un cigarrillo, y señaló la botella de vodka, mirando a Piotor, que asintió con la cabeza y fue a por ella.

—¿Qué hora es? —preguntó Alex—. Se me ha parado el reloj.

—Las… cuatro y media. Hay tiempo; tranquilízala.

Alex miró; sorprendido, a Mischa.

—Estoy tranquilo. Aunque aún lo estaría más, si hubiese echado un sueñecito como el tuyo.

Raissa rió, y Mischa se limitó a sonreír.

—No me gusta estar encerrado mientras los demás trabajan —dijo Piotor.

—Los demás trabajan, porque están en su terreno —dijo Mischa, un tanto secamente—. El camarada Gorgonov manda en Nuremberg, tiene los hombres adecuados, y todos saben hacer su trabajo. Nosotros sólo tenemos que esperar a que él nos diga que todo está en condiciones de partir.

Nadie dijo nada. Pero habían captado ya la expresión de Mischa desde que saliera del dormitorio con Raissa. Mischa parecía morder lo que decía. Y eso preocupaba no poco a los dos rusos. Cuando Mischa se preocupaba, siempre era por algo.

—A ver si viene Igor con las fotografías de su turno de vigilancia —dijo Alex, por decir algo—. Al menos, tendremos algo en qué entretenernos.

—No creo que saquemos nada en claro de esas fotografías de Igor —encogió los hombros, Piotor—. Sólo veremos en ellas gente que sale o que entra en la pensión donde está el americano. Y es normal que de una pensión salga gente, ¿no? Y que entre gente, claro. No —negó—, no hay hielo, Mischa, lo siento.

—¿Cómo que no hay hielo? —protestó Raissa—. ¡Ya lo creo que hay!

—Pues no lo he visto… Y el congelador del frigorífico no es tan grande como para…

—¡Oh!; debe estar en otro estante del frigorífico. ¿Quieres hielo, Mischa?

—Te lo agradecería mucho, camarada Raissa.

—Pues voy a buscártelo.

Raissa Nochilov salió del saloncito, y Mischa volvió la cabeza hacia el ventanal, siempre pensativo… Al oír la puerta, miró hacia allí, y alzó las cejas al ver entrar a Igor, que, junto con Raissa y el camarada Tichenko, actualmente de vigilancia ante la fonda de *frau* Wilma, habían llegado de Munich a requerimientos de Gorgonov, jefe en Nuremberg de la MVD.

—Aquí están las fotografías… y Gorgonov acaba de llegar.

—Dámelas —pidió Mischa.

Igor le entregó el sobre, y Nitzin sacó el grueso fajo de fotografías, todavía húmedas, y las fue pasando, lentamente. Raissa regresó de la cocina con un plato lleno de cubitos de hielo, dirigiendo una simpática mirada irónica a Piotor, que encogió los hombros. La muchacha echó un par de cubitos en el vaso de Mischa, y se dedicó a mirar las fotografías por encima de su hombro. Igor se sirvió vodka, y soltó una risita.

—¿De qué te ríes? —Lo miró Piotor, sorprendido.

—No se puede negar que somos rusos: estamos consumiendo vodka suficiente como para que pudiera nadar en él una ballena.

—¡Qué demonios…! ¡A mí me gusta el vodka! ¿Por qué no tengo que beber vodka?

—¿Y quién ha dicho qué no lo bebas? Tenemos. Aquí está Gorgonov.

Un sujeto alto, fuerte, de gesto hosco, entró en el saloncito, y se dirigió directo hacia el sofá, alzando una mano.

—¡Hola a todos! —Se tumbó en el sofá, y suspiró—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna —dijo Mischa, mirándolo—. ¿Y vosotros?

—Tampoco. Todo va bien… Desde luego, hay algunos americanos en Nuremberg, pero dudo que sepan dónde está Nelson. ¿Qué es eso? ¿Las fotografías del primer turno?

—Sí. Pero cualquiera… ¿Qué pasa? —Miró vivamente a la pelirroja Raissa al oírla lanzar una exclamación.

—El gordito miope —señaló, ella, la fotografía que estaba visible en aquel momento.

—¿Qué…?

—Me tropecé a este hombrecillo, en el portal de la casa cuando

fui a ver al americano.

—Bueno, ¿y qué? —La miraba fijamente Mischa.

—Es que él no debería estar en las fotografías de Igor.

—¿No? ¿Por qué? —Se irguió Mischa, mientras los demás centraban su interés en la muchacha espía.

—Veamos… Igor no pudo tomar esta fotografía del hombrecillo entrando en la casa porque cuando nosotros llegábamos, él se marchaba. Él salía, yo entraba, y tropezamos. A ver… Aquí hay otra. En ésta sale, eso está bien… Normal. Y en ésta otra —Raissa deslizaba rápidamente las fotografías en las manos de Mischa—, vuelve a salir… O sea, le vemos entrar una vez y salir dos veces.

—¡Claro! —Parpadeó Alex—: ya debía estar allí cuando vosotros llegasteis, en efecto. Igor le fotografió cuando él salía después de tropezar contigo. Las otras dos fotos indican, supongo, que ese sujeto volvió a la pensión, quizá porque había olvidado algo, y luego salió de nuevo.

—Sí —frunció el ceño Raissa—. ¡Claro, sí!

—Vaya —farfulló Alex—. Me habías puesto los pelos de punta, Raissa. Procura…

—Este hombre es americano —dijo Gorgonov, que se había acercado a mirar las fotografías, y palideció al ver al gordito del lunar junto a la nariz.

La noticia cayó como un torrente de agua helada sobre los demás rusos. El primero en reaccionar fue Mischa, que susurró:

—¿Estás seguro?

—Pero si hablaba el alemán perfectamente —exclamó Raissa.

—Estoy seguro —dijo Gorgonov, como si no la hubiese oído—. ¡Maldita sea, ya sabía yo que todo esto no podía ser! ¡Tantas facilidades para encontrarlo, el coche en la calle bien a la vista, el informe que él mismo os dio de que estaría en algún lugar de Alemania con el nombre de Richard Walf…! ¡Todo preparado, para que lo encontrásemos, para que creyésemos todo lo que él quisiera decirnos! ¡El muy…! ¡Han querido introducirlo, eso es todo!

—Podríamos retorcerle el cuello —dijo Piotor, de pésimo humor —. Si lo agarro yo, va a lamentar de veras la muerte de Ilya con toda aquella maldita comedia junto al Sena… ¡Si lo agarro…! ¿Vamos a por él, Mischa?

—Calma —dijo éste, fríamente—. ¿Cómo se llama el sujeto

gordito, Gorgonov?

—Ni idea… No sé. Es un simple recadero de la CIA. Lo tienen aquí para pequeñas cosas. Es un don nadie.

—Bueno… Quizá por eso lo están utilizando esta vez, ¿no os parece? —sugirió Raissa—. Seguramente lo están utilizando como enlace entre Nelson y los demás americanos.

—Me parece excesiva torpeza —recapacitó Mischa.

—Ya te he dicho que es un simple recadero. Sólo se dedica a pequeñas tonterías —insistió Gorgonov—. Hace mucho tiempo que está en Nuremberg, y ni siquiera nos ha molestado una vez. Claro… Por eso lo han elegido como enlace.

—Podrían estar en contacto con Nelson por radio o teléfono —recordó Mischa.

—Seguro. Pero corrían el riesgo de que nosotros pusiésemos micrófonos y nos enterásemos de todo. En cambio, va este tipo, charlan fuera de la habitación, y nadie se entera.

—Podría ser —tuvo que admitir Mischa—. ¿Dónde vive, en Nuremberg, este americano gordito?

—Ni idea —gruñó Gorgonov.

—Pues sí que sabéis pocas cosas de él.

—Ya te digo que es un agente de baja categoría, un simple recadero… Parece que incluso se han olvidado de él en Washington… Es un cero a la izquierda. Podría decirte dónde están algunos de los americanos importantes de Nuremberg, y algunos que han llegado de no sé dónde demonios… Pero que me maten si tengo la menor idea del lugar donde puede estar este tipo de los lentes.

—Me gustaría… sostener una entrevista con él —susurró Mischa —: un hombre así debe ser fácil de manejar.

—¿Y qué? —Gruñó Piotor—. No te diría nada que nosotros no hayamos comprendido ya.

—Nunca se sabe lo que un agente secreto puede llegar a decir, Piotor.

—Pues a éste, olvídalo —machacó Gorgonov—. Quizá mañana mismo lo encontraré yo en la calle, o quizá lo vea dentro de tres meses mirando un escaparate, pero es imposible localizarlo en un momento determinado. Olvida… Ve a ver, Igor.

Habían llamado a la puerta del apartamento. Igor salió, y

regresó segundos después; con otro hombre, que inmediatamente le hizo señas a Gorgonov para que se acercase. Gorgonov alzó las cejas, y fue allá, escuchando con suma atención lo que el recién llegado murmuraba. De pronto, una expresión de pasmo apareció en el rostro del jefe de la MVD en Nuremberg. Luego lanzó una exclamación, se acercó a Mischa, le quitó las fotografías de un tirón, y las mostró al recién llegado.

—¿Te refieres a éste? —Casi gritó.

El otro miró al gordito miope de la foto, y asintió.

—Sí, exacto… Ése ha sido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mischa.

—El gordito… No lo entiendo… Ha abordado a Levon en la calle, y le ha dicho que tiene algo para nosotros… si estamos dispuestos a pagar diez millones de dólares.

El inalterable Mischa casi pegó un salto en el sillón.

—¿Diez millones de dólares? —aulló.

—Sí… Sí. ¿Lo entendiste bien, Levon? ¿Dijo diez millones de dólares?

—Dijo diez millones de dólares —se mosqueó Levon—: tanto él como yo hablamos estupendamente el alemán. Diez millones de dólares.

—Por todos los… ¡Dame ese número de teléfono! ¿Estará él, ahora, esperando la llamada?

—Eso me dijo —Levon tendió un papel a su jefe—. Y éste es el número que me entregó ya anotado. ¿Vas a llamarlo?

—¡Si te parece, voy a desdeñar lo que tenga que decirme un hombre que pide diez millones de dólares por sus palabras! ¡Idiota!

—No nos pongamos nerviosos —aconsejó Mischa—. Llámale, escúchale, y en paz.

Gorgonov estaba ya marcando el número. El silencio era tal, en aquellos momentos, que todos oyeron el timbre de llamada al otro extremo, y, a los pocos segundos, su interrupción, con un leve chasquido.

—¿…?

—Escuche —murmuró Gorgonov—, ¿es usted el hombre que está esperando una llamada?

—…

—Muy bien. Puede que aceptemos su oferta.

—…

—No, no, no. Nada de decirle dónde estamos nosotros, ni queremos que usted nos diga dónde está. Mire, vamos a hacer las cosas bien, jugando limpio. Naturalmente, entiendo que usted está dispuesto a dar un paso muy importante, que le indispondrá con los que son sus actuales amigos, pero estamos hartos de mentiras y trucos. Nosotros le vamos a escuchar, y si vale la pena, tendrá lo que pide y nuestra protección. Pero las cosas se harán a mi manera… o no se harán de ninguna manera.

—¿…?

—Bien.

—…

—Por supuesto, usted conoce los Tiergarten.

—Eso es. Son las… cinco menos diez. Le vamos a esperar, a usted solo, a las cinco y media en punto, en la entrada a los Tiergarten por Schmausenbuckstrasse. Llegará usted a pie, y entrará en los jardines… Nosotros iniciaremos el acercamiento. ¿Acepta?

—¿…?

—Escuche, se lo he dicho ya: si lo que quiere vendernos vale lo que pide por ello, usted tendrá su dinero y nuestro apoyo incondicional. ¿Está claro?

—…

—De acuerdo. Hasta ahora —colgó, sacó la pistola, examinó el cargador, y miró a Levon e Igor—. Vamos allá. Mischa, ¿te importa ir con los tuyos, en otro coche?

—Lo iba a sugerir —murmuró Mischa Nitzin.

—¿Y yo qué? —refunfuñó Raissa.

—Vas a quedarte aquí, por si alguno de los nuestros viene, o llama, o… Tienes que quedarte, Raissa.

—Lo comprendo. Bueno, ya me diréis lo que pasa.

—¡Claro! Bien, démonos prisa: tenemos el tiempo justo para llegar a los Tiergarten. ¡Y como sea una jugada de ese gordito…!

El rubicundo, gordito y miope Waldo Jackson apareció, llegando por la Schmausenbuckstrasse a las cinco y media, en punto, y entró en los Tiergarten sin mirar a nada ni a nadie, como abstraído. Pasó por delante del aparcamiento en la misma actitud, y siguió adelante, hacia la bella zona florida de los jardines, en dirección a los pequeños lagos.

Tras él, los rusos, que todavía estaban en sus coches como si no se decidiesen a estacionarlos, se movieron por fin. Dos de ellos se encargaron de estacionar los vehículos, mientras los demás iniciaban su marcha, lentamente, y, vigilando a todos lados, tras los pasos de Waldo Jackson, que parecía, ahora, altamente complacido por pasear por tan bello paraje. De cuando en cuando, se detenía a contemplar unas flores, las olía, sonreía, y seguía caminando… Era lo único que parecía importarle…, mientras, a su alrededor, los rusos, iban formando un círculo del que Jackson jamás podría salir con vida si las cosas se ponían feas.

Por fin, ya ante los lagos, Jackson miró a su alrededor, y fue localizando, uno a uno, a los rusos, que, inmóviles al haberse detenido él, le miraban sin disimulo alguno, serios, atentos. Fue todo un curso de cambios de miradas entre espías enemigos que sólo podían esperar lo peor.

Y entonces fue cuando Waldo Jackson se sentó en un banco, sacó un pequeño envoltorio de un bolsillo interior, y miró con rezumante ironía hacia los rusos, pues todos habían llevado la mano hacia el sobaco izquierdo… Pero Waldo Jackson desenvolvió los bizcochos, y comenzó a hacer migas, que iba tirando cerca de sus pies… Poco a poco, tuvo nutrida clientela: docenas de pajarillos llegaban como, rayos, tomaban su miga, se elevaban, volvían…, siempre contemplados por el sonriente espía americano.

Muy poco después, Gorgonov se sentaba en el mismo banco, junto a Waldo Jackson.

—Muy bien —gruñó—, ¿cuál es su oferta?

—Los están engañando —dijo Jackson, tirando más migas de bizcocho.

—Eso ya lo sabemos, ahora.

—¿Lo sabían? —Respingó Waldo.

—Comprendimos algo cuando apareció usted en las fotografías de la vigilancia que tenemos montada ante la pensión, o lo que sea de esa *frau* Wilma.

—¡Ah…! Sí, claro… Bueno, no se me ocurrió que…

—¿Cuál es su nombre?

—Waldo Jackson.

—Pues escuche, Jackson: yo le he visto varias veces, y sé que, en efecto, usted es americano y trabaja para la CIA. ¡Muy bien, está en

su derecho, eso no nos hace enemigos a muerte! Pero, también sé que usted nunca ha sido nada ni nadie en la CIA, es un recadero vulgar... ¿Cierto?

—Cierto —enrojeció Jackson—. ¡Y eso es lo que...!

—Dígame —cortó secamente Gorgonov—, ¿qué puede ofrecer a los rusos un recadero como usted, que valga nada menos que diez millones de dólares?

—Tengo varias cosas por ofrecer, y he pensado que todo el lote bien vale esa cantidad. Especialmente, si tenemos en cuenta que en dicho lote va incluida la agente Baby.

—Entonces..., ¡no murió!

—Fue todo un truco..., y ustedes han estado a punto de picar, señor..., señor...

—Camarada Gorgonov —mascculló éste—. ¡Maldita sea, pero si ustedes me conocen, hombre!

—¡Oh, bueno! Yo le he visto varias veces, pero no sé su nombre. En realidad, nunca me dicen nada... Usted lo ha dicho: soy el chico de los recados, para mis compañeros. Bueno —su gesto demostró de pronto una ira mal contenida—, ahora las van a pagar todas juntas.

—¿Hace esto por resentimiento personal?

—Escuche usted, Gorgonov: yo no soy un genio, pero tampoco soy un imbécil..., y siempre me tratan como si lo fuera. No cuento para nada... Llevo aquí varios años, esperando que me concedan una oportunidad, y la oportunidad no llega. En la escuela de la CIA a la que asistí, mis notas fueron brillantes... Quizá ustedes dispongan de medios para enterarse. Háganlo, ya verán... ¡Y me tienen en un maldito rincón de Alemania, muerto de asco...! Muy bien, ya estoy hasta aquí, ¿se entera? —Se tocó—. Quiero aplastarles las narices con este golpe, llenarme los bolsillos, enviarlos a la mierda a todos juntos, y hacer, en adelante, lo que me dé la gana...

—Si traiciona a la CIA no podrá hacer todo eso —sonrió Gorgonov.

—¿Por qué no? Escuche, se lo repito: soy inteligente, quiero sentirme importante yo mismo, trabajar... Si mis compatriotas no quieren concederme todo esto, al demonio, estoy de todo esto hasta donde le he dicho. Sólo quiero una respuesta, Gorgonov, ¿me van a pagar y me van a emplear en algo que me guste, o lo dejamos correr

todo?

—Hasta ahora, no me ha dicho nada que valga diez millones de dólares, Jackson.

—¿No? Bueno, éste es el lote: la agente Baby servida en bandeja, esta vez de verdad; luego, asegurarles que todos los microfilmes que ese idiota de Nelson pueda llevar encima son falsos, sólo destinados a introducir falsa información en la MVD. Y por último, toda la información sobre los servicios futuros de la CIA en Alemania del Este.

—¿Sabe usted eso? —Respingó Gorgonov.

—Eso, y puedo traerle diez libretas llenas de notas, claves, nombres, servicios prestados por la CIA sin que la sigla sea mencionada… Todo. Conque Waldo es un buen muchacho, ¿eh? Bueno, yo he ido tomando mis propias notas, siempre calladito, y ahora le ofrezco eso, la verdad sobre el microfilme de ese idiota de Nelson, y le puedo decir dónde estará Baby, en determinado momento. Sí o no, y terminemos. Si le parece que es mucho dinero, piense que solamente por la cabeza de Baby su Directorio ofrece seis millones de dólares.

—Seis no son diez —musitó Gorgonov.

—¿Está regateando? Muy bien: ponga usted mismo el precio. Pero, desde luego, ni un centavo menos de seis millones de dólares.

—Bien… No sé. ¿Tiene usted aquí toda esa información?

—¡Claro que no! La tengo en mi apartamento, del cual tiene usted el número de teléfono.

—Ya. Me gustaría ver todo eso. Y saber dónde está Baby. ¿Dónde, Jackson?

Éste vaciló un instante, pero acabó por encoger los hombros.

—En la misma fonda que Nelson.

—¿Está seguro?

—¡Segurísimo! —Gruñó el gordito traidor—. Estuve allí dos veces esta mañana. La primera, para llevarle una pieza de un receptor-grabador, que se le había estropeado. La segunda, para recoger una grabación…, referente a Nelson, por supuesto.

—¿Quiere decir que Baby ha grabado todo lo que Nelson haya hablado, cualquier sonido?

—¡Demonios, se lo estoy diciendo bien claro!, ¿no?

—Sí… En tal caso, ella sabe que Raissa… ¿Usted escuchó esa

grabación?

—Hombre, ¿qué le parece? —mascullό Waldo—. Me envían a recogerla, antes me envían a llevar aquella pieza… ¡El chico de los recados! Bueno, pero yo me las voy arreglando para enterarme de todo. ¡Claro que escuché esa grabación, demonios!

—Bien… O sea, que Baby sabe que Raissa es rusa, claro, y que fue a ver a Nelson, que tenemos que llamarle esta noche para darle instrucciones… ¿Qué hará ella, mientras tanto, o luego?

—Supongo que se esfumará en cuanto ustedes se lleven a Nelson a Rusia: ya habrán conseguido lo que querían, o sea, convencerlos de que Nelson es un traidor, y envenenarlos con el contenido de ese microfilme, que será todo mentiras que la CIA quiere inyectar en la MVD.

—Sí… Ya entiendo eso, ya… ¿De modo que Baby se… esfumaría después que creyese que todo había salido bien? Bueno, ya veremos eso… ¿En qué parte de la casa está ella?

—Pero hombre —refunfuñó Jackson—, ¡es la mujer que se hace pasar por *frau* Wilma!

—Imposible —palideció Gorgonov—. Investigamos a esa mujer, y a los demás huéspedes de su pensión. Si Baby fuese *frau* Wilma debería haber estado en esa pensión desde hace más de un año… ¿Ha sido así?

—No. La verdadera *frau* Wilma fue colocada ahí por la CIA para que esperase este momento. Ahora, está fuera de Nuremberg, escondida. Cuando Baby se vaya, ella volverá, seguirá un tiempo más ahí, y luego, se irá a Italia, por ejemplo, por… motivos de salud, o algo así. Desaparecerá del rebaño, ¿comprende?

—Comprendo… Y eso quiere decir que la CIA está preparando todo esto desde hace más de un año, ¿no?

—Exactamente.

—¡Vaya…! Bueno, les vamos a dar una lección… Mire, Jackson, si usted no está haciendo otra jugada sucia de la CIA, tenga por seguro que se le va a tratar bien. No sé cuánto dinero le van a dar, francamente, pero tendrá trabajo, ocasiones para lucimientos personales… En el Directorio no se desdeña la colaboración de cerebros bien dotados. Si usted vale, tendrá trabajo, no sé cuánto dinero… Pero se lo advierto: si está haciendo una jugarreta que…

—¡Maldita sea…! ¡Le estoy facilitando la mejor acción

profesional de toda su vida, Gorgonov! Le estoy entregando, en bandeja, y esta vez de verdad, a la agente Baby; le estoy ofreciendo toda la documentación sobre la CIA en Nuremberg, con nombres y claves, y la futura red en Alemania del Este…, ¡y todavía piensa que esto es una jugarreta! ¡Váyase al demonio!

—¡Cálmese! Mire, lo primero que vamos a hacer es ir a por Baby, y si eso ya es cierto, todo lo demás… ¿Qué le pasa? ¿Por qué me mira así?

—¿Dice que va a ir a por Baby? ¿Cuándo?

—Ahora.

—Está bromeando… Mire, Baby huele a un ruso desde un millón de kilómetros de distancia. Si ustedes van allá, ella los… olerá. A menos… Un momento: ustedes tienen que llamar a Nelson para darle instrucciones, ¿no es verdad?

—Sí… Sí, desde luego.

—Bueno… Pues no varíen nada. Llámenlo, díganle que todo está bien, y que envían a dos o tres compañeros a recogerlo con un coche. La propia Baby, o si lo prefiere, *frau* Wilma, será la que llamará a Nelson al teléfono, abajo. Nelson le dirá lo que pasa, que todo va bien, y se despedirán. Él esperará arriba, ella abajo…, y en cuanto ustedes se marchen con Nelson, se dispondrá a largarse… Pero ya la habrán tenido a su alcance. En cambio, si se presentan sin llamar, antes, a Nelson, según lo convenido… No sé: yo no confiaría en sorprender a Baby, la verdad.

—La idea es buena —murmuró Gorgonov—. Llamamos a Nelson y le decimos que todo va bien y que pasamos a recogerlo. De este modo, Baby no se alarmará al… olernos, y podremos… Sí, quizá, incluso, podríamos cazarla viva.

—¡No diga tonterías! —rió Jackson—. ¡A Baby no es fácil engañarla hasta tal punto! Confórmense si logran matarla…, cosa de la que no estoy muy seguro ni siquiera habiéndoles dado tantas facilidades. Y por cierto: cualquier fallo que cometan usted y sus hombres no vayan a imputármelo a mí, ¿está claro?

—Por supuesto.

—Muy bien. ¿Cómo quedamos nosotros?

—Vuelva a su apartamento. Nosotros le avisaremos cuando todo esto termine; pasaremos a recogerlo, y, puesto que ya tenemos un medio de transporte que debía servir para Nelson, nos lo llevaremos

a Rusia… ¿De acuerdo? ¡Ah!: usted tendrá todo su material informativo preparado, supongo.

—Me dedicaré a ello, en seguida. ¿Quiere un bizcocho?

Gorgonov miró fijamente al traidor.

—No, gracias: se me indigestaría.

—¿Qué quiere decir?

—Mire, Jackson, dejémoslo. No quiero…

—¿Qué ha querido decir? —insistió el gordito, irritado.

—Olvídelo.

—Teme ensuciarse al contacto conmigo, ¿no es eso? Soy un traidor, y usted es un… caballero del espionaje… ¿Verdad?

—No tengo deseos de discutir con usted. Hemos hecho un trato, y yo lo cumpliré. Pero no comeré sus bizcochos, ¿lo entiende?

—Lo entiendo muy bien… Sí, todo está muy claro. Pero ya volveremos a hablar de esto, usted y yo, cuando estemos en Rusia…, y yo esté por encima de usted en cualquier Sección de espionaje… Ya hablaremos, Gorgonov.

Se puso en pie, con gesto brusco, y se alejó. Gorgonov no se movió, fija la mirada ahora en las aguas del lago, que parecían espejos de color morado al sol de la tarde. Muy bien, allá tenía a dos americanos… Uno de ellos, Soames Nelson, se había jugado la vida para prestar un servicio importante a la CIA. El otro, un chico de los recados, traicionaba a la CIA no sólo por dinero, sino por rencor, por…

Mischa llegó y se sentó a su lado.

—¿Cómo ha ido? —musitó.

—Es un cerdo —aseguró Gorgonov—, pero no puedo rechazar su oferta.

—¿Tan buena es?

Gorgonov asintió con la cabeza, y se puso en pie:

—Te lo explicaré mientras llegamos a un teléfono… Y habrá que llamar, también, por la radio de bolsillo, al camarada que tenemos vigilando la fonda de *frau* Wilma, para que no pierda de vista a ésta si saliese… Ella es Baby.

—¿Quién?

—La dueña de la pensión esa.

—Pero…

—Ya te lo explicaré. Ahora, vamos a buscar un teléfono, y

llamaremos. Habrá que hacer las cosas con mucho cuidado, porque, a lo que se ve…, y a lo que sabemos, Baby es una auténtica anguila, con un olfato finísimo y un cerebro electrónico… Sí, habrá que hacer las cosas con mucho cuidado, con exquisitez… Busquemos un teléfono.

Capítulo IX

El teléfono sonó.

Y *frau* Wilma, que contemplaba con triste expresión la muerte de un nuevo día a través de la ventana, volvió la cabeza hacia el aparato, y sonrió. Antes de dirigirse hacia allá, todavía dirigió una mirada hacia el coche en el cual estaba el ruso con la cámara fotográfica con teleobjetivo, y movió la cabeza con cierta pesadumbre, al pensar que aquel hombre debía ser un agente de segunda o tercera categoría…, lo cual a ella le convenía mucho.

Descolgó el auricular, y el timbre dejó de sonar.

—Fonda *Frau* Wilma —dijo, en perfecto alemán, con tono más bien ario.

—…

—Sí, sí… *Herr* Walf está hospedado aquí. ¿Es usted la joven que estuvo a verlo esta mañana?

—Bien: Le avisaré en seguida.

Frau Wilma salió de su cuchitril, y emprendió la ascensión de la escalera con paso pesado, cansado. Durante aquel día había tenido que atender a tres huéspedes de la Fonda *Frau* Wilma, y ninguno se había dado cuenta de que aquella mujer no era la verdadera; pero no había que descuidarse: subir ágilmente las escaleras podría sorprender no poco a algún huésped que se decidiera a entrar o salir en aquel momento…

Llamó a la puerta número doce.

—¿Quién es? —Oyó la voz de Soames Nelson.

—Le llaman al teléfono, *herr* Walf.

La puerta se abrió inmediatamente, y Richard Walf, esto es, Soames Nelson, se quedó mirando a *frau* Wilma expectante, muy abiertos los ojos. Ella asintió con la cabeza, y murmuró:

—Sí, es la rusa.

Nelson se precipitó escaleras abajo a toda velocidad. Tanta, qué

dejó atrás a *frau* Wilma, cuyo descenso fue casi tan penoso como la subida. Cuando llegó a su vivienda, Nelson estaba ya colgando el auricular. Ella entró, cerró la puerta; y le tocó mostrar una expresión interrogante en su mirada, y a él asentir con un gesto.

—Sí —murmuró al mismo tiempo—: vienen a buscarme dentro de quince minutos. ¡Lo he conseguido!

—Buena suerte —susurró *frau* Wilma.

Soames sonrió anchamente.

—Usted no cree que lo consiga, ¿verdad? ¿Acaso no quiere admitir que hasta usted puede equivocarse?

—Todos podemos equivocarnos. Y le aseguro que soy la primera en desear equivocarme, esta vez.

—Sigue creyendo que estoy muerto, ¿no es eso? —sonrió él.

—Ya sabe lo que se dice en nuestra esfera, Soames: si eres espía, estás muerto. En el caso de, usted, las probabilidades de que así sea son mucho mayores. Le diría que, pese a que todo parece ir bien, abandone el asunto y se escape conmigo ahora, pero temo que no va a hacerme caso.

—Desde luego que no. Esta es la misión más importante de mi vida, está saliendo bien, y no pienso echarme atrás precisamente ahora.

—Lo repito —*frau* Wilma se acercó a Soames, y lo besó, en los labios—: buena suerte, Simón.

—Quizá volvamos a vernos… dentro de unos cuantos años. En el supuesto de que usted siga con vida, Baby.

—Tengo más probabilidades que usted.

Soames Nelson se echó a reír. Estaba tenso, emocionado, impaciente. Tomó entre sus manos el feo rostro de *frau* Wilma, y la besó en los labios.

—Hasta la vista —dijo.

Salió a toda prisa de la vivienda de *frau* Wilma, que quedó pensativa, sombría. Pero ¿por qué no admitir que las cosas podían salir bien, alguna vez, en un asunto como aquél? Además, la verdad era que todo había salido a la perfección: la herida de Soames producida por un infalible tirador de la CIA junto al Sena, la huida de éste, la muerte de ella, el gran jaleo que se había organizado en toda Europa a consecuencia de su muerte… Todo estaba saliendo exactamente a pedir de boca, incluso con la ventaja, ya prevista por

la CIA, de aprovechar aquel terremoto de espionaje para limpiar Europa de algunas cosillas, hacer cambios de agentes, cambiar ondas de radio, sistemas de comunicación, claves… Era la acción más completa y audaz de la CIA de los últimos años, y por supuesto había sido preparada muy bien, con todo el tiempo necesario…

«Quizá salga bien —se dijo—. ¿Por qué no?».

Se desnudó rápidamente, y se cambió de ropas. En menos de cinco minutos quedó convertida en una anciana de blancos cabellos, con lentes, vestida severamente de negro… Brigitte Montfort, siempre Baby, utilizaría, para su acción final, la caracterización de *madame la duchesse* de Montpellier, Annette Simonet.

Muy poco después, apoyándose en su bastón de empuñadura de plata, una anciana salía de la vivienda de *frau* Wilma, llevando en la mano izquierda un maletín forrado de negro. Subió penosamente las escaleras, llegó ante la puerta número 4, la abrió, entró, y cerró tras ella. Sin encender la luz, que ya comenzaba a ser imprescindible, se acercó a la ventana, y miró hacia el coche del ruso, que seguía allí. Luego, miró hacia el pequeño «Volkswagen» propiedad de la verdadera *frau* Wilma, estacionado un poco más cerca de la pensión. Bien… Sólo tenía que esperar a que se llevasen a Soames, a que todo quedase tranquilo. Entonces, *madame la duchesse* abandonaría Nuremberg, y la verdadera *frau* Wilma volvería, hasta que llegase el momento de su retirada por motivos de salud.

—Debo admitir que todo ha sido muy bien planeado —movió la cabeza—. Me estoy preocupando y torturando por nada. Bien, vamos a esperar…

* * *

—La espera ha terminado —sonó la voz de Gorgonov en la radio de bolsillo que Mischa Nitzin sostenía en su mano, ante la boca—. Levon sale ya hacia ahí, Mischa.

—De acuerdo. Envío a Piotor y Alex, para que se encuentren en la puerta de la pensión. Nelson se tranquilizará al ver caras conocidas.

—¡Adelante!

Mischa cerró la radio, la guardó, miró a sus compañeros, y

señaló con la barbilla fuera del coche. Alex y Piotor, duro el gesto, salieron del coche, y caminaron hacia la casa… Por la otra esquina apareció Levon, con el cual se reunieron ante la puerta de la pensión.

—Primero, Baby —susurró Levon—, no lo olvidéis.

—Ese puerco tiene la culpa de que se cargasen a Ilya en París —masculló Piotor—. Pero sabremos esperar. Vamos allá.

Entraron en el portal, iluminado solamente con una bombilla que también servía para el tramo de peldaños que subía al piso donde estaban las habitaciones. Levon llamó a la puerta de la vivienda de *frau* Wilma, Alex y Piotor se colocaron uno a cada lado, sacando la pistola, provista de silenciador.

—Vuelve a llamar —susurró Piotor.

Levon volvió a llamar, pero con el mismo resultado. Llamó por tercera vez… Y luego, los tres cambiaron una mirada de auténtico desencanto. Levon sacó una pequeña navaja, introdujo la hoja en la cerradura, y, tras hurgar apenas diez segundos, forzó la cerradura. Empujó la puerta, sacó también su pistola, y asomó un instante la cabeza, hacia la oscuridad de la vivienda. Frunció el ceño, entró, encendió la luz, y fue hacia la cocina, luego al dormitorio… Cuando regresó a la puerta, Piotor y Alex habían comprendido ya.

—Hemos llegado tarde… ¡Maldita sea, se ha largado de aquí, en seguida, debimos venir nosotros apenas llamar, y…!

—Quédate aquí —cortó Piotor—. Nosotros vamos a buscar a Nelson. Quizá él sepa algo del paradero de Baby.

Levon no pareció admitir esta posibilidad, con muchas esperanzas, pero no podían hacer otra cosa. Ajustó la puerta, volvió a entrar en el dormitorio de *frau* Wilma. Abrió el armario, y echó un vistazo a las ropas que había allí, a los zapatos, bolsos… Arriba, Soames Nelson debía estar cayendo en el garlito, poniéndose la ropa en buenas condiciones que Piotor llevaba en un paquete. Todavía tardarían unos minutos…

Y en esos pocos minutos, el agente de la MVD soviética encontró algo… Primero, debajo de uno de los cajones del armario de *frau* Wilma, encontró la pequeña pieza que correspondía a un receptor grabador, y que, en efecto, estaba estropeada.

«El americano Jackson no mintió, no», se dijo.

Luego, dentro de un bolso que parecía desechado, Levon

encontró dos cargas de diminuta cinta, que, lógicamente, sólo podían corresponder a la grabadora que Baby había estado utilizando.

Ya no tuvo tiempo de buscar más, pero tampoco era necesario. Había oído ruido afuera, y regresó al saloncito-recibidor, en el cual; efectivamente, estaban sus camaradas, uno de ellos apoyado en la puerta, y ambos apuntando con sus pistolas a la espalda de Soames Nelson, que, lívido como un muerto, se volvió al oír las pisadas de Levon.

—¿Qué hacemos aquí? —murmuró Nelson—. ¡Tenemos que…!

—¿Dónde está ella? —cortó, furiosamente, Levon.

—¿Quién…?

—Baby. ¿Dónde está?

Soames Nelson tuvo la sensación de que algo se rompía en su interior después de haberse congelado. Sí, quizá era su corazón lo que acababa de romperse, tras congelarse de miedo al comprender la actitud de los tres rusos: sabían la verdad… ¡Los rusos sabían la verdad!

—¿Baby? —se sorprendió, con serenidad que a él mismo le dejó admirado—. ¿De qué están hablando? ¡Ustedes saben que yo mismo la maté en París, qué…!

—Nelson —la pistola de Piotor Se apoyó en su nuca—, por usted, por su genial jugada, mataron sus compañeros a Ilya, en París, y estoy deseando vengarlo. Pero usted, en realidad, ya no nos interesa, es una pieza menor, si la comparamos con Baby… Díganos dónde está ella, y quizá pueda vivir muchos años… en un calabozo de Siberia.

—¡Pero les estoy diciendo…!

—Sabemos que ella ha estado, aquí, todo el tiempo, haciéndose pasar por la verdadera *frau* Wilma. Muy bien, ¿dónde está, ahora?

—Ya les digo…

No dijo nada más, porque sabía que era inútil. Lo sabía ya con toda certeza, como sabía que si alguna probabilidad tenía de salvar la vida, era reaccionar de pronto, sorprendiendo a los rusos. Y, en efecto, su reacción sorprendió, cuando menos, a los rusos…, pero por muy poco tiempo: golpeó la pistola de Piotor con un codo, alzándolo y girando hacia él, y, al mismo tiempo, disparaba hacia atrás su pie derecho, en impecable golpe de taekwondo, que alcanzó

a Levon en el bajo vientre y lo derribó como fulminado. Seguidamente, empujando a Piotor, que se tambaleaba ante él, corrió hacia la puerta, asió el pomo, lo hizo girar…

Plop… Plop… Plop…, sonó la pistola de Alex.

Soames Nelson pareció recibir una descarga eléctrica, tan fuertes fueron las vibraciones, los estremecimientos de su cuerpo. Sus labios parecieron besar la madera, sus manos se crisparon, como queriendo hundir las uñas, allí…, y en seguida, sus piernas perdieron toda la fuerza; cayó hacia atrás, y quedó tendido de espaldas en el suelo, desorbitados los ojos. Piotor había recuperado el equilibrio, y le miraba, lívido de furia, mientras Levon se ponía en pie, tambaleante, no menos lívido que él. Alex se disponía a disparar el tiro de gracia, pero Piotor exigió, con voz ronca:

—Déjame a mí. ¡Déjame a mí…!

Apuntó con su pistola a la cabeza de Soames Nelson, mientras los labios de éste se movían, y la voz, débil, como lejana, parecía brotar directamente del pecho:

—Ma… má… Mamá…

Los tres agentes rusos palidecieron aún más, y cambiaron una mirada. Allá lo tenían: allá tenían al bien preparado agente americano, que se había jugado audazmente la vida para realizar una misión en favor de su patria… El gran espía superentrenado, superinteligente, supersimpático, superseguro de sí mismo… Allá estaba el patriota, el honrado, el buen espía americano, agonizando, llamando a su madre…

—Acaba —dijo con voz ronca Alex.

—No puedo —jadeó Piotor—. ¡Alex, no puedo hacerlo!

Alex y Levon cambiaron una mirada, y luego miraron la temblorosa mano de su camarada. Levon se mordió los labios, antes de susurrar:

—Vámonos: Ya nada tenemos que hacer aquí.

Cuando Levon cerró la puerta tras él, todavía pudo oír a Soames Nelson, llamando a su madre:

—Mamá…, ma… má… No… te… veo…

Arriba, a oscuras en el cuarto, junto a la ventana, *madame la duchesse* vio salir a la calle a los rusos, y correr juntos hacia el coche donde estaba el ruso de vigilancia…

—No se lo llevan —respingó la anciana—. ¡No se lo llevan!

Esta vez, la anciana dama sí habría sorprendido a cualquiera que la hubiese visto moverse con aquella velocidad, con aquella agilidad, lanzándose escaleras abajo mientras del maletín forrado de raso negro sacaba la pistolita de cachas de madreperla. Llegó al portal a tiempo de ver la parte trasera del coche de los rusos, alejándose… Vaciló un instante, pero optó por cumplir su primera intención: empujó la puerta, y entró en la vivienda de *frau* Wilma… Desde el umbral, vio a Soames Nelson, tendido en el suelo, murmurando algo. Tan pálida que su rostro parecía de papel, la anciana cerró la puerta y, fue a caer de rodillas junto a Nelson, que seguía gimiendo:

—Mamá…, ma… má…

—Soames —gimió la anciana—. Soames, muchacho…

—Mamá, lo… lo sabían…

—No hables. Te curaremos, ya verás. No hables, Soames…

La anciana abrió su maletín, en busca de algo con que taponar las heridas del espía, mientras los desorbitados ojos de éste giraban, lentamente, hacia aquella sombra que vislumbraba; aquella sombra oscura, tan borrosa, que tenía voz dulce de mujer…

—Mamá, lo… lo sab… sabían, nos han… nos han… traicionado… Los rusos sabían… todo lo que…

La anciana había sacado ya unas cuantas compresas, y se dispuso a dar la vuelta a Nelson, para taponar las heridas de la espalda, para intentarlo todo, lo que fuese y como fuese… Entonces, se dio cuenta de que él ya no hablaba, de que no se movían sus labios, ni su pecho, ni sus manos crispadas…

—Soames —musitó.

Soames Nelson parecía devolverle la mirada. Una mirada fija, vidriosa… Soames Nelson era tan buen muchacho…, había sido tan buen muchacho que no había querido desacreditar a quien, algún día, emitió la frase: si eres espía, estás muerto.

Lentamente, las manos de la anciana se retiraron del cuello de Soames, en el cual no había percibido latido alguno. La vida se había terminado en el cuerpo de Soames Nelson. Quizá, al final de la eternidad, tuviese otra mejor, pero la que había tenido hasta entonces, había terminado.

La anciana se puso en pie, guardó la pistola en el maletín, y durante unos segundos, como hipnotizada, en blanco su mente,

estuvo contemplando al guapo, simpático, honesto, valeroso Soames Nelson.

Luego, con movimientos serenos, cómo una apacible anciana que se dispone a dar un agradable paseo, salió de la vivienda, del portal… Fue hacia el coche de la verdadera *frau* Wilma, con su pasito menudo y vacilante pero orgulloso. Del maletín; sacó las llaves del coche, el duplicado que le habían entregado. Abrió el coche, entró, cerró la portezuela, y encendió la luz interior. Sus movimientos eran pausados, tranquilos…, pero daban la impresión de una máquina en movimiento…, en un movimiento, en una acción que ya, nadie, podría detener.

Lo primero que sacó fue la radio, que accionó.

—¿Sí? —preguntó una voz de hombre— Soames ha muerto. Retiren el cadáver. 6, Nutzelstrasse.

Cerró la radio, sin esperar a más. De la guantera del coche sacó un plano urbano de Nuremberg, y buscó el índice de calles. Allí, localizó, el nombre de la que buscaba, y las coordinadas de números y letras para situarla en el plano:

—Flotnerstrasse… Aquí está… Es una calle muy corta… ¡Ojalá me, equivoque! Pero si los rusos van por allá, o él acude a su encuentro esta misma noche…

Capítulo X

Abajo, en la noche, apareció el coche, y se detuvo junto al bordillo de la acera de enfrente, de acuerdo a lo convenido por teléfono hacía unos minutos.

Waldo Jackson, muy pálido, estuvo contemplándolo unos segundos, sumido en la oscuridad del pequeño piso que había estado ocupando durante casi cuatro años. Junto a la puerta, tenía un maletín de viaje y una maleta de considerable tamaño. No tenía, sin embargo, grandes pertenencias que trasladar de un lado a otro. Lo más importante que había en la maleta era lo que había prometido a los rusos: datos y más datos, una verdadera riada de informes.

—Bien —sonrió Waldo Jackson, el gordito miope—. Ha llegado el momento tan esperado. Y será mejor que me largue de aquí antes de que Baby, a la que no han sabido cazar, según lo que suponía con toda lógica, me busque. Sí… Este es el gran momento, y no debo demorarlo más. Ya es mi hora, mi momento triunfal.

Se apartó de la ventana, abrió la puerta del piso, sacó la maleta y el maletín, cerró la puerta, cargó con el equipaje… Iba muy tranquilo, seguro de sí mismo, amable el gesto. Para cualquiera, el calvo, gordito y miope vecino, sólo podía estar emprendiendo un corto viaje, quizá de vacaciones, el final del largo camino emprendido el día en que el alto jefe de la CIA fue a buscarlo personalmente al hotel donde se había alojado…

«—Señor Jackson…, ¿puedo pasar? Vengo de Langley, usted me comprende, a facilitarle el resultado de los exámenes a que ha sido sometido usted esta mañana.

»—¿Ya saben los resultados? —se había sorprendido él.

»—Nuestras computadoras son muy rápidas —había sonreído

el amable visitante—. Y nosotros también lo somos cuándo nos… revelan la existencia de una mente como la de usted. A menos, que haya recurrido a alguna clase de hábil truco para falsear sus respuestas a nuestros tests.

»—No —Waldo recordó que se había sonrojado—. ¡Desde luego que no he falseado nada!

»—Entonces, insisto en pasar.

»—¡Oh, sí…! Perdone. Pase, por favor.

»—Señor Jackson —había preguntado aquel caballero, una vez acomodado en un sillón, y fumando ambos—, ¿qué sabe usted de espionaje?

»—¿Yo? ¿De espionaje? ¡Nada!

»—Bueno —había sonreído el amable caballero—. Al menos habrá usted oído hablar de Mata-Hari, de Cicero, de Baby…

»—De los dos primeros, sí… ¿Quién es Baby?

»—¿De verdad no ha oído hablar de Baby? ¿De verdad jamás ha tenido nada que ver con el espionaje? ¿Nunca ha conocido espías en ninguna parte, quizá casualmente…? ¿Jamás se ha visto involucrado en estas cosas, nunca le han hecho ofertas…?

»—Nunca.

»—Señor Jackson, hay muchas clases de espías…, desde el más insignificante mirón, hasta el más audaz, implacable, despiadado agente secreto. Los hay que son famosos, los hay cuyos nombres jamás serán conocidos por nadie, los hay que jamás ganan más que unos cuantos dólares por servicios, insignificantes, y los hay que, a los treinta años, han ganado docenas de millones de dólares… Hay espías silenciosos, espías de pantalla, espías residentes, espías volantes, espías de acción…, y espías como usted, exclusivamente cerebro. No sé si me entiende.

»—No muy bien la verdad.

»—Usted, señor Jackson, sólo puede ser espía cerebral, a nuestro juicio. Y, precisamente; esta clase de espías son los que tienen, siempre, la labor más ingrata del espionaje: no ser nadie, no disfrutar de la vida, no tener amigos, ni esposa, ni familia… Yo, personalmente, siento un gran respeto… y una gran piedad hacia los espías cerebrales. Usted podría ser uno de los mejores

jamás habidos en el mundo entero.

»—¿Me está proponiendo mi ingreso en la CIA como uno de esos… espías cerebrales?

»—Sí, señor. No obstante, le informo de que usted puede rechazar tan ingrato cometido.

»—En cuyo caso, la CIA no me admitiría.

»—¡Oh, sí… Sí, sí! Pero sería un… desperdicio. Naturalmente, podemos darle a usted cualquier destino en nuestros servicios secretos, pero sería una pena desperdiciar, así, su talento.

»—¿Quiere usted decir que si acepto ser un espía cerebral, mi talento estará aprovechado al cien por cien?

»—Exactamente. Pero su vida será tan ingrata que…

»—Acepto.

»—Piénselo bien. El destino de los…

»—Ya le he dicho que acepto».

Sí.

Mientras bajaba a la calle, a Waldo Jackson le parecía estar todavía viendo a aquel hombre, escuchando sus palabras, y su propia voz… «Acepto», había dicho. Y había cumplido. Había cumplido todo lo que había tenido que cumplir…

Por fin, salió a la calle. Delante, estaba el coche de los rusos, y desde una ventanilla, uno de ellos le hacía señas. Waldo Jackson sujetó con más fuerza su equipaje, y caminó por la acera. Llegó al bordillo, aspirando hondo… Aquél era el final de su camino. Dentro de muy pocas horas, estaría en Rusia, y por doloroso que resultase no volver jamás a…

Waldo Jackson notó el terrible, insoportable dolor en el pecho, de pronto.

Fue espantoso. Como si algo hubiese estallado dentro de su pecho, llevando el retumbar de un trueno a su cabeza, a todo su cuerpo, irradiando un dolor increíble, jamás sentido ni presentido. Era espantoso, horrible, alucinante…

Y de pronto, se encontró contemplando el cielo sobre él. El cielo estaba sobre él, como si se hubiese colocado verticalmente. Pero no… No era el cielo el que se había colocado vertical, sino él que estaba en posición horizontal. Es decir, que había caído al suelo de

espaldas, empujado por algo, por aquel dolor espantoso en el pecho.

A su alrededor se oían voces, y gritos, ruido de pies apresurados… El motor de un coche rugió… Alzó la cabeza, y vio el coche de los rusos, lanzado a toda velocidad, alejándose de allí como un meteoro.

—¡No! —gritó—. ¡No, no, no, no me dejéis, llevadme…! Llevadme con vosotros, a Rusia…

Y mientras tanto, el cielo encima de él estaba tan negro, tan negro, tan negro…

En la negra noche, en la negra oscuridad de interior del coche de la verdadera *frau* Wilma, la anciana de blancos cabellos estaba desmontando el tubo-fusil con el cual acababa de disparar la terrible bala explosiva contra el pecho de Waldo Jackson, el traidor. Las manos se movían con firmeza, separando los tubos de aluminio, que, normalmente, eran utilizados como pequeño trípode para cámara fotográfica.

Pero aquella vez, los tubos habían cumplido su otra misión, mucho más horrenda: matar. La anciana había llegado a la corta Flotnerstrasse, y había visto, en seguida, el coche de los rusos. Entonces, era verdad: Waldo Jackson había sido el traidor. Waldo Jackson, que era el único que sabía la verdad, el único que sabía dónde empezaba y dónde terminaba aquel plan de la CIA.

Había sido él.

El traidor había sido Waldo Jackson.

Pero ahora, Waldo Jackson yacía en la calle, muerto, o a punto de morir. Nadie sobrevivía a un balazo de aquéllos… Y el balazo lo había merecido Waldo Jackson, que salía con su equipaje, para marcharse con los rusos, traicionando a la CIA, dejando atrás a un compañero muerto, debido a su delación…

Pero no: Waldo Jackson no iría a Rusia.

Desde allí, Waldo Jackson solamente podía ir al mismísimo infierno de los traidores.

La anciana, ya guardado el tubo-fusil, sacó la radio, y la accionó.

—¿Sí?

—Recojan, también, a Waldo Jackson, ante su casa, o, al menos, impidan que su equipaje caiga en manos extrañas. Vengan hacia aquí inmediatamente… Yo regreso a casa.

* * *

Nueve de julio.

La voz sonó en la gran sala iluminada, indirectamente, muy bien matizada la luz roja.

—Y usted, lo mató —murmuró aquella voz.

Brigitte Montfort, alias Baby, miraba con el ceño fruncido hacia aquella mesa, donde, como en otras ocasiones, la jefatura de la CIA en peso la estaba sometiendo a un interrogatorio que, a su juicio, estaba fuera de lugar. Todos habían escuchado su informe grabado, como siempre; todos sabían que Waldo Jackson había sido un traidor, un resentido, un hombre que, finalmente, en la primera gran ocasión que había tenido, se había vendido por dinero… ¿Qué otra cosa, si no?

—Ya lo he dicho —replicó Baby—: le disparé una de las balas especiales. Sí, lo maté. ¿Acaso no hice bien? Entiendo que los Simones pudieron recuperar su equipaje, nadie sabe que la CIA ha intervenido en eso…, pero lo maté. Y volvería a matarlo mil veces. ¿Tienen algo más que preguntarme?

Hubo un silencio tan largo, que Brigitte se preguntó si aquellos hombres sentados a la larga mesa ovalada ante la cual ella permanecía de pie, la habían oído…

—No —le contestaron por fin—. Nada más, Baby. Puede usted retirarse… Y gracias por su siempre eficaz intervención. ¿Le pareció bien nuestro regalo de cumpleaños?

—¡Oh, sí…! Muchas gracias.

—Usted se lo merece todo. Hasta la próxima.

—¡Adiós…!

Dio media vuelta, y salió de la sala. Durante más de un minuto, el silencio fue absoluto allá. Por fin, una voz se dejó oír, en susurros:

—Ya les dije que era mejor advertir a Baby de lo que estábamos tramando… O no utilizarla.

—Ha sido simple mala suerte, Cavanagh —replicó alguien.

—No. Nada de eso. Baby tenía que comprender que el traidor era Jackson. Él también sabía que ella lo comprendería en seguida, pero confiaba en tener tiempo para escapar a Rusia… Yo les advertí a todos ustedes: no utilicen a Baby para esto, o díganle la verdad.

—Usted la conoce mejor que nosotros, Cavanagh… ¿Qué cree que habría hecho Baby si le hubiésemos dicho la verdad?

Míster Cavanagh, jefe del Grupo de Acción, y por tanto jefe directo de la mejor espía del mundo, encogió los hombros, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando la mesa ante la cual estaba sentado, formando parte de la jefatura que había citado a Baby.

—Por supuesto —aseguró—, ella jamás habría aceptado ese plan. Era mejor no utilizarla, en suma.

—Pero necesitábamos que ella interviniese, para dar una autenticidad indiscutible a la introducción de Waldo Jackson en el servicio secreto ruso…

—Era un plan muy ambicioso y muy bien pensado, lo sé. Si hubiese salido bien, Waldo Jackson nos habría empezado a resultar utilísimo dentro de unos pocos años, cuando se hubiese ganado la confianza de la MVD. Pero Baby jamás habría aceptado que para introducir a Jackson, sacrificásemos premeditadamente a Soames Nelson, al cual tenía que traicionar… ¿Cómo podían los rusos haber sospechado que Soames Nelson era una víctima designada por nosotros, para que la traición de Jackson fuese perfecta, y lo admitiesen en Rusia? Es un plan, lo admito, que hasta a los rusos les pondría los pelos de punta: enviamos a un agente simulando que nos traiciona para introducirlo en la MVD, cosa que los rusos sospechan, por supuesto; pero hacemos las cosas de tal manera que al final empiezan a creer que, en efecto, Soames Nelson es un traidor a Estados Unidos, a la CIA. Entonces interviene, según lo planeado, Waldo Jackson, y delata todo el plan a los rusos… Los rusos matan a Soames Nelson…, y se llevan a Rusia a Waldo Jackson, que era precisamente el cerebro que nosotros queríamos incrustar en los servicios secretos rusos, sacrificando para ello al pobre Soames Nelson, que creía realmente que iba a prestar el mayor servicio de su vida…

—Soames no hubiese podido afrontar esa labor en Rusia. En cambio, Jackson era indicadísimo. Había que sacrificar a alguien para darle verosimilitud indiscutible a todo, y Nelson fue el sacrificado: valía menos que Jackson, para lo que esperábamos.

—Sea como fuere —dijo, con voz fatigada, míster Cavanagh—, hemos perdido a dos de nuestros mejores hombres. Uno de ellos sacrificado por nosotros mismos. El otro, víctima de nuestra mejor

agente, que no había sido informada de nuestros… maquiavélicos planes.

—¡En fin, mala suerte! Supongo que todos estamos de acuerdo en silenciar esto a Baby, señores. No podemos decirle que uno de los nuestros estaba destinado a morir desde el principio, y que el otro lo sabía, pero que era un plan para incrustarse en la MVD. ¿O les parece que debemos decirle a Baby que ella ha matado al mejor hombre que podíamos haber encontrado para enviar a Rusia?

—Si ustedes le dicen eso a Baby, la harán pedazos —dijo Cavanagh.

—Entonces, caso cerrado: no será informada. Bien… Hemos perdido a dos magníficos agentes, pero ya conocen ustedes el dicho: si eres espía, estás muerto. Y ellos también lo conocían. Caballeros, se levanta la sesión.

Este es el final

—Estoy muy cansada, Peggy —dijo Brigitte, apenas llegar a su domicilio—. Me daré un baño y me acostaré en seguida… ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

—Por nada, señorita —se sofocó Peggy.

Tomó el equipaje de Brigitte, y desapareció hacia el fondo del lujoso apartamento. Brigitte quedó unos segundos con el ceño fruncido. Desde luego, algo extraño le ocurría a Peggy, pero ya habría tiempo de preguntárselo.

Se dejó caer en el sofá del salón, y encendió un cigarrillo. Sí, estaba cansada. Y deprimida. Aquellas combinaciones de espionaje nunca le habían gustado demasiado. Pero, en fin… Todavía permaneció en el salón hasta terminar el cigarrillo. Luego, fue a su dormitorio, donde era de esperar que la enigmática Peggy hubiese ya preparado el baño…

Cuando entró en su dormitorio, oyó el rumor del agua todavía llenando la bañera. Encendió la luz, dio un par de pasos hacia el armario… Se detuvo, de pronto y su cabeza fue girando, lentamente, hacia el lecho.

—¿Has tenido buen viaje? —preguntó Número Uno.

Brigitte parpadeó. ¿Estaba soñando? Allá estaba él, tendido en la cama, con su batín, cruzadas las piernas, las manos tras la nuca. Bronceado, viril, serio como siempre… Como si tal cosa. ¿Un sueño? ¡No! ¡Y ahora comprendía la actitud de Peggy…!

De pronto, Brigitte dio un gritito, corrió hacia la cama, y se echó encima de Número Uno, abrazándose fuertemente a él, escondiendo el rostro en aquel pecho velludo, duro, recio.

—Uno… Uno, estás aquí… ¡Estás aquí!

—Evidentemente —dijo él, sin moverse—. Y me complace mucho comprobar que no estás muerta.

—¡Oh, Dios mío! —Brigitte se apartó, quedó arrodillada en la

cama junto al hombre que amaba—. ¡Oh, Dios mío, olvidé avisarte de que todo era un truco…!

—¡Bah, no importa! Al fin y al cabo, ¿quién soy yo? Sólo un espía que no merece demasiadas explicaciones. Paciencia. ¿Cómo fue tu cumpleaños?

—Bien… Pero podría haber ido mejor… si hubieses estado tú también.

—Lo siento. Estaba herido… Y no te lo quise decir, precisamente para no estropearte tu cumpleaños. Pero en cuanto me dijeron que por toda Europa corría la voz de que Baby había muerto…

—¡Oh, perdóname, mi amor, perdona que…!

—Tomé el primer avión y vine aquí a esperarte. Sabía… que eso no podía ser, que debía haber alguna explicación. Y por fortuna así ha sido. Pero alguna vez, Brigitte, no existirá tal explicación… Ya sabes lo que se dice: si eres espía estás muerto… ¿Qué haces?

—Me estoy desnudando —susurró ella.

—¡Ah, sí! ¿Necesitas mi ayuda para bañarte…, como otras veces?

Brigitte, ya desnuda, fue al cuarto de baño, cerró el grifo de la bañera, apagó la luz, y regresó a la cama, donde continuaba tendido Número Uno.

—¿No te bañas?

—Mañana lo haré… si no te importa —se tendió junto a él y lo besó, larga y profundamente, antes de terminar—. Pero, aunque te importe, no conseguirás alejarme de ti ni un milímetro.

Angelo Tomasini, Número Uno, tomó entre sus brazos el precioso cuerpo que se le ofrecía, y susurró:

—Feliz cumpleaños…, y esta vez, en directo.

FIN